

ISAAC ALCHEH Y SAPORTA
DIRECTOR DEL INSTITUTO PRÁCTICO DE COMERCIO DE SALÓNICA

Los españoles sin patria de Salónica

PRÓLOGO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. GUMERSINDO DE AZCARATE

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y
ARTÍSTICO DE MADRID, EL SÁBADO 2 DE DICIEMBRE DE 1916 Y
PUBLICADA EN «LA LECTURA» (REVISTA DE CIENCIAS Y DE ARTES)
DE MADRID



MADRID
TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»
Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.
1917

ISAAC ALCHEH Y SAPORTA
DIRECTOR DEL INSTITUTO PRÁCTICO DE COMERCIO DE SALÓNICA

Los españoles sin patria de Salónica

PRÓLOGO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. GUMERSINDO DE AZCARATE

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y
ARTÍSTICO DE MADRID, EL SÁBADO 2 DE DICIEMBRE DE 1916 Y
PUBLICADA EN «LA LECTURA» (REVISTA DE CIENCIAS Y DE ARTES)
DE MADRID



MADRID
TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»
Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.
1917



*A MI MADRE,
FLOR DE MI VIDA!*

Aquí me oí llamar de un modo tal,
Que al apellido añadí el maternal.
¡ Para mí el mayor título de nobleza.
Que tu hijo tuvo sobre su cabeza!
Tu sabes cuánto yo amo nuestro Sión!
Así, por ti, mi Flor, arde mi corazón:
Tus palabras dicen: "Paz, Justicia, Bondad".
También: "Libertad, Igualdad, Fraternidad."
Y, lejos de ti, lo que más me conorta
Mâ! (1) es firmar

Isaac Alcheli y Saporta

Madrid, mayo 1917.

(1) Abreviación cariñosa de "mamá" usada en Oriente.

PRÓLOGO

Que por fuerza había de haber por el mundo descendientes numerosos de los españoles judíos que en mal hora, según opinión del respetable Arzobispo de Tarragona, expulsaron de España los Reyes Católicos, y que entre ellos había algunos que hablaban la lengua que fué la de sus progenitores, era cosa sabida; pero que allá, en Oriente, ocuparan ciudades enteras, en las que construían sinagogas como las que habían tenido que abandonar aquí, y en las que son elemento principal de la industria y del comercio, y que entre ellas había una, Salónica, que era como la Barcelona de aquella tierra, en la que viven de 75 a 80.000 sefardíes, es decir, israelitas descendientes de los expulsados de España en 1492, quienes no hablan otra lengua para todo que el castellano, son estas cosas que fueron conocidas por haberlas expuesto y comentado con amor en un libro que llamó poderosamente la atención, comenzando por su título, porque era éste tan significativo y tan despertador de interés como éste: *Espanoles sin Patria*. Esto bastaba para que no fueran pocos los que sintieron la tentación de leerlo, y cuando éstos se enteraron de que el título estaba bien puesto, porque allá en el lejano Oriente había millares de personas que decían, como dijo el señor don Isaac Alcheh y Saporta al terminar una de sus conferencias en el Ateneo: “Espanoles fuimos, espanoles somos y espanoles seremos”, pero que había ofrecido dificultades el reconocimiento legal de esa verdad.

Acaso se diga: “No basta querer ser de una Patria para serlo

y para que el Estado lo reconozca.” Ciertamente, y por eso yerran los que hacen depender eso exclusivamente de la voluntad del individuo, porque el peligro que esa doctrina implica se puso bien de manifiesto por España cuando Cuba fué colonia nuestra, ya que alguno de sus habitantes adquirirían la nacionalidad norteamericana cuando así les convenía. Para ser de una Patria, lo primero y lo esencial que se necesita es sentirla, pudiendo ser los motivos y las causas diferentes y muy varias: los afectos creados, los bienes adquiridos, los negocios emprendidos, la vida continuada en un país por cierto tiempo. Y cabe el cambio de nacionalidad, pero no por sugestión exclusiva de la voluntad, sino porque hayan cambiado esos motivos y esas causas; en suma: porque se ha dejado de sentir la que se tenía y se ha comenzado a sentir la llamada a sustituirla.

En cierta ocasión decía al que suscribe un hijo del país de Gales, que había trabajado mucho en España y constituido aquí una familia, lo siguiente: “ Por costumbre, voy todos los años a mi país; pero con esta diferencia: que *antes* estaba siempre deseando llegara el día de partir para allá, y *ahora*, cuando allá estoy, lo que deseo es que llegue pronto el día en que he de volver a España.” Y claro está que lo que había pasado a este amigo mío era que había cambiado de Patria.

Ahora bien: yo quisiera que se me dijera si cabe más energía en el *sentir* la Patria española que la conservación de la lengua castellana para todo al cabo de siglos, resistiendo la tentación a emplear como lengua culta la francesa, como si temieran que llegara a sustituir al castellano para todo el mundo.

El señor Alceh refiere la sorpresa de quien, al oírle hablar tan corrientemente el castellano, no obstante no haber estado antes en España ni haber tenido otro maestro que su madre, hubo de decir al señor Pulido: “Había leído, mi querido amigo, ese interesante libro de *Españoles sin Patria*, y no había podido

menos de pensar que debía haber en él alguna exageración; mas ante el ejemplo palpable que estoy viendo, y que tan cumplidamente prueba vuestra afirmación, me apresuro nuevamente a felicitaros por vuestra constante propaganda, que juzgo tan noble como patriótica.”

Y no digamos nada del afán con que han incorporado los recuerdos de España a sus sinagogas, a sus comunidades, como testimonio fehaciente de su deseo constante de continuar, sin interrupción, la vida española.

Obsérvese que el caso de España es especial, muy especial. Los sefardíes, admitidos en Francia, Inglaterra, Italia, los Estados Unidos y Turquía, han adquirido una Patria que no tenían, mientras que lo que a nosotros nos piden es que se reconozca que han conservado la que sus antepasados tuvieron. Y no vale argüir con la interrupción durante cuatro siglos de la *posesión de Estado*, porque ella ha sido debida a un acto de violencia, no debido ciertamente a los interesados, y el tiempo transcurrido es un dato favorable a éstos, porque ha servido para poner de manifiesto lo vivo y lo persistente del anhelo.

Es posible, es probable que las especiales circunstancias del caso, en particular lo numeroso de los sefarditas que reclaman pidiendo ese reconocimiento (1), sea la causa de las dificultades burocráticas con que tropieza la solución de este asunto; pero no será malo que el Gobierno español, viendo cómo se van yendo a todas partes los sefardíes de Oriente, medite en el significado y alcance de estas palabras, pronunciadas por el sultán Bajazeto II al recibir gustoso a los expulsados de España: “Ya que Fernando empobrece su reino, enriqueceré yo a mi Imperio.”

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.

Madrid, 30 de abril de 1917.

(1) No se trata más que de 30 familias (*Nota del autor.*)

Los españoles sin patria de Salónica

El mismo título dado a mi conferencia indica desde luego el asunto que me he propuesto desarrollar ante vosotros; y, en efecto, ya os figuraréis que aludo a la obra, justamente renombrada y debida a la autorizada pluma del senador y académico doctor Ángel Pulido Fernández, también ilustre miembro de este Ateneo, a la cual tituló *Españoles sin Patria*, y fué compuesta llevando a ella su autor las experiencias y realidades que le sugiriera sus testimonios directo y ocular.

En épocas diversas de la segunda mitad del siglo XIX ilustres personalidades de aquel tiempo, tales como los señores Castelar, Marqués de la Vega de Armijo, Julio Monlau y Sagasta, ocupáronse con gran interés de la suerte que corrieran sus hermanos de allende el mar, como lo acreditan numerosos artículos y estudios, aparecidos en los dos años de 1866 a 1868 en las columnas de *La Correspondencia de España*, si bien a sus reconocidas y buenas voluntad e intención no siguió nunca resultado alguno positivo.

En el año 1883, viajando el doctor Pulido por Alemania, Austria y Hungría, tuvo ocasión de conocer, a bordo de un vapor en el Danubio, a algunos judíos españoles, de los cuales habló en sus cartas de viaje, publicadas en *El Liberal*.

En 1903, veinte años después, viajando el mismo doctor

con su familia por Servia, Rumania y Turquía, aumentó este conocimiento con distinguidos sefardíes de Belgrado, Bucarest y Constantinopla, y a su regreso a Madrid llamó la atención del Gobierno español en el Senado sobre la importancia de este pueblo, su amor a España y la conveniencia nacional de atenderle.

Con este motivo publicó varios artículos en distintos periódicos, hizo una información por todo el mundo sefardita, utilizó la colaboración de su hijo, el doctor Pulido Martín, que se hallaba en Viena y reunió datos numerosos que le permitieron publicar en 1905 su obra *Españoles sin Patria*, punto de partida del movimiento de adhesión espiritual entre los sefardíes y España que desde entonces se viene realizando. El fué acogido en España con análoga sensación a la del descubrimiento de un Nuevo Mundo. Y ya con esto habíase dado el grito de ¡alerta!

Los israelitas del Oriente, o dicho de otro modo, los descendientes de los expulsados en 1492, quedaban por este descubrimiento feliz a la orden del día en toda España.

Y entonces, otros varios españoles, poseídos de ardiente patriotismo y animados de un entusiasmo grande, al ver nuevamente factible para su amada Patria un porvenir tan glorioso, coadyuvaron presto y con eficaz energía a la iniciativa de 1905.

Uno de los primeros y más distinguidos, entre toda esta pléyade de entusiastas colaboradores, que ha venido aumentando en número considerable, es el distinguido publicista don Rafael Cansinos Assens, que un día, de feliz recordación, evidenció con toda cordialidad en la Prensa española los sentimientos de noble afecto que su corazón tenía para nosotros.

La idea iba haciendo su camino, y en 1906, una conferencia pública del ilustre doctor Pulido, pronunciada en la Unión

Ibero-Americana, valió a nuestra causa la adhesión de nuevas fuerzas.

Cuando llegó el 1908, y como efecto probable de la revolución de los “Jóvenes Turcos”, supúsose por un instante destruido para siempre el ensueño de estos patriotas españoles, que para algún día no lejano creían contar con la activa colaboración de sus antiguos y nuevos hermanos. No obstante, entre nosotros continuaban los periódicos su ferviente campaña, no cesando de repetirnos lo mucho que en España se nos recordaba y con cuánto interés se pensaba en nuestra suerte.

Y, efectivamente; en el año de 1910 oímos una voz femenina que se levantaba decidida en nuestra ayuda. Difícil se nos hacía el creerlo; pero así lo imponía la realidad; y esta voz era la de la noble doña Carmen de Burgos, a cuya iniciativa se debió la creación de la “Alianza Hispano-Hebrea”, que indudablemente abría una nueva fase de laboriosa actividad, uniendo a nuestra causa los nombres y prestigios del gran Canalejas, de Conde y Luque y del actual Ministro de Instrucción pública, el ilustre Burell.

Esta loable iniciativa, sostenida entusiastamente por su autora en las páginas del semanario *La Revista Crítica*, por ella dirigido, sirvió muy eficazmente a los intereses españoles de Marruecos, puesto que por ella mereció ganarse España las simpatías y la atracción naturales de los israelitas marroquíes.

Todas estas campañas de acción continuada y de no interrumpido esfuerzo son las que principalmente han enterado a los españoles de la existencia de sus ignorados hermanos del Oriente, y gracias a ellas el Gobierno español se interesó de una manera directa en este problema de confraternidad hispánica hacia fines del año 1912, fecha en que se formó un nuevo Comité, en el que figuraron, como en los otros anteriores, no sólo el nombre simpático del señor Cansinos Assens,

sino también el del distinguido señor don José Farache, que justamente merece se le considere como uno de los más esclarecidos campeones de esta obra, de un trabajo gigantesco, emprendida por el patriotismo de ilustres españoles. A este Comité pertenecen el célebre historiador don Miguel Morayta, el ilustre y sabio doctor Simarro, los señores don Arturo Morí, redactor de *El País*; don Augusto Vivero, director de *El Mundo*; don Hilario Ayuso, diputado a Cortes; don Eduardo Barriobero, abogado y ex diputado; doña Consuelo Alvarez (*Violeta*), de *El País*; don Francisco Escola, de *El País*; don Ezequiel Endériz, de *El Liberal*; don Enrique Barea, de la revista *Mundo Latino*, y Martínez Sol, también de *El País*; los publicistas Jacob Levy, del *Kol Israel*, de Tánger; Aurelio Montecatine, director del *Eco Israelita*; Miguel Armario Peña de *El Popular*, de Larache; Duancos, de la *Correspondencia de Africa*, también publicada en Larache; Rafael Guerrero, Ramón Gómez de la Serna, don Pedro Cortabarría, el general señor Bazán, Isaac del Vando, redactor de *La Tribuna*, las revistas *Los Quijotes*, *La Revista Crítica*, *Las Noches*, etc., etc.

No ignoro que varios señores senadores, diputados y universitarios prestarían desde luego su valioso concurso para la realización de esta propaganda sefardí, y aprovecho esta ocasión para expresar públicamente nuestra simpatía más viva respecto a todos esos grandes y nobles corazones, a todos esos nuestros amigos, conocidos e ignorados, que, defendiendo nuestra causa, siguen trabajando desinteresadamente por acercar la hora de la reparación, la realización feliz de aquel ideal y para reparar una falta del pasado.

Mis mandatarios y representados confíenme en su nombre la misión, para mí muy grata, de saludar a todos aquellos que han alzado su voz en favor de nuestros hermanos de Oriente, pues ha llegado hasta nosotros, vibrante y claro, el eco de su

generosa voz y la noticia de una actividad tan ideal como benéfica, y me encargan diga a todos ellos:

“Por atavismo, nosotros nos sentimos y consideramos españoles. Todas nuestras deferencias y atenciones dirígense hacia ese país, que no conocemos, y en el que nuestra historia ha registrado recuerdos tan gloriosos y también dolorosos. No obstante el pasado, luctuoso y triste, nuestro corazón nos dice que en él hemos dejado algo de nosotros mismos. Diseminados por el mundo entero, siempre hemos exteriorizado nuestras ansias de vuelta. Nuestras simpatías, aunque en los últimos tiempos no hayan sido rechazadas, han encontrado fría indiferencia y poco interés, sin embargo, por parte de España. Mas en estos últimos años la voz de todos vosotros llegó hasta nosotros inteligible y clara. Vosotros habéis sostenido nuestra fe, que hubiera podido hacernos perder los representantes de vuestra Patria en Oriente. Nuestro Rey y el Gobierno han confirmado vuestros designios, y nosotros, desde aquí, hemos asistido al comienzo de la realización efectiva de nuestros ensueños comunes. Estrechemos nuestras manos amigas; celebremos nuestro encuentro como el de dos hermanos que no se trataban porque no sabían que existían; trabajemos por multiplicar en la historia de la civilización aquellas mismas páginas de oro en que se escribió la de los siglos XIII, XIV y XV, y hagamos que prospere este país, este país que es el vuestro y que es también el nuestro.”

Mi alegría al expresaros con las palabras que anteceden nuestros sentimientos de la más sincera gratitud aumentase en igual medida al haberseme permitido que nuestro agradecimiento lo exteriorice yo aquí, y en alta voz, subido a esta tribuna, en este Ateneo literario, a la vez que científico, representativo del saber intelectual de España, presidido tan dignamente por un sabio ilustre y eximio patricio, el tan renombrado

señor don Rafael María de Labra, el heroico portaestandarte de la fraternidad de todas las razas hispanas, especialmente venerado en ese rincón moral de España que se llama la Habana y respetado en el corazón de su Patria cuanto merecen sus méritos excepcionales.

Yo hago desde aquí muy fervientes votos por que aquellos que recuperen su patrio origen y a quienes se autorice el uso y se concedan los beneficios de la patria enseña española conozcan la aparición, entre ellos, de hombres a éstos semejantes, para ponerse al servicio de su Patria, anhelando la mayor prosperidad de los mutuos intereses.

Esto no puede dejar de cumplirse; y aquellos que conocen con exactitud el patriotismo leal, común a todos esos israelitas españoles que pueblan Marruecos, en la zona de influencia española, y muy especialmente del distinguido doctor don Samuel Güitta, de Tánger, confesarán conmigo que nuevas páginas gloriosas enriquecerán positivamente la historia de esta tierra.

En efecto, señoras y señores: nosotros volvemos a vosotros con un pasado que habla en nuestro favor con la enérgica elocuencia de los hechos, traemos un presente que prueba cuán noble y desinteresadamente patriótica es la realidad de haber conservado vuestra lengua, a pesar de la acción destructora de los siglos.

¿Es que acaso no sentís en estos momentos cierta inefable emoción que inunda vuestra alma al escuchar de mis labios nuestra lengua común?

¿No es un fenómeno harto significativo y curioso escuchar el habla del español a un individuo que jamás ha estado en España, y que tampoco cursó nunca estudios de esta lengua en ningún Centro?

Sin embargo, yo lo hablo, y, llegado a España, he podido hacerme entender sin dificultad, gracias a este idioma que

mi madre me enseñara mientras me mecía en su regazo al son de dulces romances, y que yo asimilaba, a la vez que el sustento de su leche, el idioma con que crecí en mi infancia.

Sí, señoras y señores: debéis saber que aquellos que hace ya cerca de cuatrocientos veinticinco años, expulsados de su Patria, se vieron obligados a abandonar el suelo de sus antepasados, siguen al presente hablando vuestra misma lengua, la, clásica lengua que inmortalizó Cervantes.

Nuestras madres son el elemento principalmente conservador de este idioma, que nosotros amamos por lo mismo que adoramos a ellas. ¿Y acaso podría esto ser de otra manera? Este hecho producido naturalmente, se ratifica y aprueba en el refranero popular, cuando dice:

“Quien te dice que te quiere más que MAMÁ
De palabras te engaña.”

Pero, no obstante lo dicho, como pretendida explicación a lo chocante y singular de una conservación tan rara, no se me oculta cierta relativa resistencia de los extraños a nosotros para creerlo consignado; de ello me cercioró para siempre la siguiente escena, presenciada por mí, y que nunca olvidaré. Junto a tantas agradables y emocionantes sorpresas que me estaban en España guardadas, he sentido una muy grande al encontrar en Madrid a mi venerable e ilustre maestro el doctor Max Nordau, que, de cuando en cuando, con el concurso de su distinguida esposa y encantadoras hijas, hace de su morada un pequeño hotel de Rambouillet, donde se reúnen los intelectuales españoles. En ella me ha sido dable encontrar a senadores, literatos, pintores y médicos, y yo no me sentía extranjero entre ellos, gracias a ese encanto y a esa amabilidad habituales de los españoles. Fué en casa de este sabio ilustre y asistiendo a una de esas reuniones familiares, la del 27 de

octubre de 1916, en la que presencié y fui actor de la escena a que me he referido y que con gran frecuencia acude a mí memoria.

Hela aquí: uno de los contertulios (1) preguntóme cuánto tiempo llevaba de residencia en España; puesto que tan fácilmente me expresaba en su idioma. Cuando le respondí, como a tantas otras e idénticas preguntas, que acababa de llegar por vez primera y hacía unos cuantos días, hizo un gesto que me demostró claramente la extrañeza y poca fe con que acogía mis palabras. Yo le tranquilicé en seguida, y me apresuré a explicarle el desconocido y curioso procedimiento gracias al cual todos nuestros ascendientes han conservado el habla española, añadiendo que si él hubiese tenido la ocasión de escuchar a mi padre, o, sobre todo, a mi madre, se hubiera creído realmente transportado al ambiente de los siglos XV o XVI, pues de época tal resulta la lengua hablada por cuantos de entre nosotros formaron la pasada generación y la de todos aquellos que, siendo de la presente, han estado libres del influjo de una educación extranjera.

Ilumináronse sus ojos vivamente, y, acercándose al doctor Pulido, le dijo a este propósito:

—Había leído, mi querido amigo, vuestro interesante libro *Españoles sin Patria*, pero había verdaderamente pensado que debía haber en él alguna exageración, claro que con la sana intención de influir en el espíritu del lector; mas ante el ejemplo palpable que estoy viendo, y que tan cumplidamente prueba vuestra afirmación, me apresuro nuevamente a felicitaros por vuestra constante propaganda, que juzgo tan noble como patriótica.

Ya comprenderéis mi íntima satisfacción por haber con-

(1) El señor E.....n M...n.

tribuido a producir un efecto más de espontánea simpatía hacia nosotros, y lleno de júbilo vi brillar, emocionados, los ojos de este paladín admirable de la propaganda sefardí, de este apóstol venerable, que manifestaba una verdadera satisfacción al comprobar por sí mismo que ejemplos semejantes contribuían mejor que nada a justificar su obra.

Sí, mi querido e ilustre doctor Pulido; cuando un español llega a Salónica, oyéndole hablar, nos preguntamos nosotros: “¿Y por qué no somos españoles?” Y recíprocamente, llegando nosotros acá, se nos pregunta: “¿Por qué razón vosotros, israelitas, no sois españoles?”

Esta barrera, que parecía infranqueable, ha contribuido usted a demolerla con su energía, y siempre esperanzada; ya se comienzan a cosechar los frutos de vuestra semilla; pero más principalmente y con mayor justeza nuestros compatriotas de España y del Oriente, juzgarán vuestra obra, tan gigantesca como patriótica y noble, el día feliz en que mutuamente se visiten Embajadas o Delegaciones de Salónica y de España. Entonces vuestro nombre, ya tan esclarecido, aumentará la lista de esos varones tan numerosos e igualmente eximios y renombrados, que fueron, son y serán honra y prez de la España de sus días, y todos también os dirán entonces, con voz unánime: “En justa recompensa a vuestra propaganda sefardí, la Patria os está reconocida.”

En verdad, señoras y señores míos, todos cuantos he tenido el honor de citar hace unos instantes merecen el honrado dictado de patriotas, porque, al levantar su voz respetable en favor de sus hermanos del Oriente, prestaron a su Patria uno de sus más señalados servicios. Todos estos grandes patriotas han combatido y combaten defendiendo enardecidos su ideal, esgrimiendo, ya las armas pacificadoras de la palabra, ya de la pluma; batallando en conferencias y en la Prensa; armas muy

en armonía, en verdad, con la naturaleza de estos célebres “Dispersos” que, gozando del justo renombre del “Pueblo del Libro”, están entregados al más sincero de los sentimentalismos: el de la Paz y el Amor.

Nunca recogieron, por el contrario, para hacer prosperar su causa, las violencias y opresiones, hasta el momento tan socorridas y en uso, y rehabilitadas hoy más que nunca por la imperiosa necesidad del trágico presente que corremos, y abrieron el frente de sus batallas sin sostener en sus manos las armas homicidas ni llevar en su cintura el mortífero fuego.

Y no podía ser de otra manera estando inspirada su campaña en nuestra ayuda e intentando con ella la reivindicación de nuestro pueblo, al que sus profetas predicaron siempre el amor al prójimo, al mismo tiempo que vigorizaban sus sentimientos de humana fraternidad, repitiéndonos, convencidos, que la justicia reconocería al fin nuestros derechos.

Y, ciertamente, en esta campaña “pro sefardí” vemos nosotros el exacto cumplimiento de nuestros ideales de justicia.

Señoras y señores: Bien conocéis el importante papel encomendado actualmente a Salónica, la perla del Oriente, y la Macedonia.

Esta ciudad, que mira desde lejos a Barcelona, está situada a la orilla misma de ese mar azul que baña a la capital de Cataluña, a cuyas olas encomienda la grata misión de hacer llegar sus saludos hasta la propia costa de su hermana occidental.

Necesítanse nueve días, por lo general, para la travesía hasta ella, partiendo del puerto de Barcelona, y recorriendo el Mediterráneo, bordeando las costas de Sicilia, el Sur de Italia y el Peloponeso. Antes de la guerra hacía este viaje en mucho menos tiempo.

Acomodado holgadamente en el confortable vagón de un tren, partiendo de Barcelona, se llegaba a Salónica en cuatro

días, atravesando la costa Sur de Francia, tan admirable y admirada; el rico valle del Norte de Italia, las regiones eminentemente mercantiles del Sur de Austria y las llanuras de la Servia, para llegar, en fin, a nuestra ciudad de Salónica, conocida comúnmente por el sobrenombre de “la ciudad codiciada”.

Vuestros dichos populares de “Quien no ha visto Granada, no ha visto nada” y “El que no ha visto Sevilla, no vió maravilla”, son, en efecto, harto elocuentes para informar al forastero de lo típico e individual de esas ciudades.

En reciprocidad a aquéllos, y para daros una idea aproximada del carácter tan personal de Salónica, me atrevo a leeros estos renglones, que creo reflejan su condición natural mucho más exactamente que cuantas conferencias, obras y artículos se hayan publicado sobre el pueblo sefardí. Dicen así:

“El que no ha visto a los sefardíes de Salónica, no ha visto un rincón de la España antigua, aún vivo y floreciente en pleno Oriente, y esto, porque Salónica es la ciudad sefardí por excelencia.”

Todos sabéis que la palabra *sefardí*, que en hebreo significa *español*, se aplicó, colectivamente, a aquellos antiguos habitantes de España hasta que fueron expulsados en 1492, y que después se ha continuado usando como designación gentilicia de todos sus descendientes hasta nuestros días. ¡Este nombre *sefardíes* aún lo llevamos todos nosotros con orgullo, porque significa *españoles*!

También sabéis que estos desterrados dispersáronse en pequeñas colonias a lo largo del litoral Mediterráneo.

Y así, aquella triste multitud, que sumaría muy cerca de medio millón de israelitas, cruelmente arrojados de su Patria, distribuyese, en parte, por Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y los Balkanes.

La inmensa mayoría empezó a dirigirse, en demanda de hos-

pitalidad, al sultán Bajazeto II, quien, al recibirlos gustoso y abrirles las puertas de su vasto imperio, les dijo estas palabras, justamente celebradas por la Historia: “Ya que Fernando empobrece su reino, enriqueceré yo a mi imperio.”

Y fué tal la magnanimidad de este Monarca, que, por Real decreto, dictado especialmente, ordenaba a los Gobernadores de sus provincias que dispensasen la más cariñosa acogida a los israelitas españoles, y amenazaba de muerte a cuantos, infringiendo su mandato, maltratasen a los inmigrados o les causasen el menor perjuicio.

Tan grata nueva alivió un poco las tristezas del éxodo, y entonces los israelitas prefirieron vivir en tierras del Sultán, donde creían gozar de esa tan suspirada libertad de espíritu que les permitiese crear pronto otra España en el Oriente.

El recuerdo de aquellos tristes acontecimientos nos causa siempre muy dolorosa impresión, porque llenó, al consumarse, una página sombría y tétrica de aquel período tan próspero de la Historia universal del pueblo hebreo, en el cual habíase confundido su cultura propia con la española.

Por todas partes donde los inmigrados se instalaban, causaban admiración por su saber y por sus costumbres, adquiridos en el país en que vivieron tanto tiempo, habituados completamente a los usos de su vida. Su estancia en las tierras extrañas puede asegurarse que endulzó tiernamente las crueldades de su destierro.

Siempre se ha considerado a los israelitas españoles, al pueblo sefardí, como de raza bastante superior a la del resto de sus hermanos de otros pueblos, creyéndose, por lo común, que en nuestro linaje se encuentran descendientes directos del mismo rey David, y he ahí por qué, entre toda la grey israelita, se ha reconocido en favor de los españoles ciertas preeminencias de nobleza.

Los sefardíes establecidos en Turquía ganaron muy pronto la confianza de los turcos, haciéndose útiles á su nueva Patria. En las ciudades en las que se les recogía formaban en seguida la clase intelectual, industrial y comercial de la población, y los turcos, a su vez, se aprovecharon, con gran beneficio suyo, de la hospitalidad que se había concedido a las sefardíes, porque entre éstos se encontraban los más hábiles fabricantes de pólvora y los más famosos en la fundición de cañones de la época, y ellos adiestraron a los turcos en estos menesteres de la defensa nacional, que tan útiles fueron pronto al Imperio de la Media Luna.

Nuestros antepasados se distinguieron igualmente, y en la misma Turquía, como afamados médicos. Glorioso ejemplo para esta profesión fué la familia Anión, de Granada, en la que sus varones ilustres habían sido durante un siglo los médicos de la Corte.

Los doctores israelitas, que se habían formado en la doctísima Universidad de Salamanca, eran más buscados y estimados que sus colegas cristianos y musulmanes, tanto por su superior aptitud, cuanto por su fina discreción.

El prestigio científico de estos sabios Galenos israelitas fué tan apreciado en Turquía como lo habían sido en España, y a este propósito recogemos por oportuno un hecho, verdaderamente característico y significativo, que acaeció aquí en España y en su ciudad de Vitoria. Se dice que cuando se hizo público a esta población el edito de expulsión de los hebreos, el vecindario se resistió muy enérgico a dejar partir, por el mandato de aquel, a sus dos únicos médicos, que eran israelitas.

Las sucesivas emigraciones a que los sefardíes estuvieron expuestos continuamente les hacían aprender la lengua de sus perseguidores, y llegó un tiempo en que ellos encontraban, en

sus funciones de intérpretes, un medio bastante lucrativo para su sustento.

Los sefardíes llevaban siempre consigo el vivo recuerdo de los beneficios que prestaron al país que les echara, beneficios que han reconocido justamente los historiadores imparciales. En, todo lugar, y en cualquier momento, disponían de los conocimientos peculiares de la elevada cultura, que hizo de este país el centro irradiador de toda la civilización de la época.

Los sabios numerosos que soportaron las calamidades del destierro, vieron florecer en Oriente prósperas Comunidades que poseían, al lado de numerosas instituciones de caridad y de beneficencia, aquellas Universidades teológicas y científicas, en las que brillaron sabios maestros de universal reputación y se congregaron la juventud y la sociedad más escogidas e ilustres de los desterrados.

Salónica, en particular, nunca fué extraña a todo este movimiento renovador y de cultura.

Un poeta hebreo, Salomón de Huesca, llamó a Salónica “la madre de Israel” porque los israelitas habíanla convertido en otra Jerusalén del Oriente. Mas, a pesar de esta excelencia tan renombrada, el elemento judeo-español predominó de tal manera en la ciudad, que los israelitas originarios de Alemania o de Italia debieron aprender la lengua de Cervantes para poder entablar sus relaciones intelectuales y comerciales con los recién llegados.

Y lo que hemos dicho que ocurría en Salónica sucedió en casi todas las localidades en que se instalaron los sefardíes.

En Salónica estableció Jehudá Benveniste, hijo de un Ministro del Tesoro de la Corona de Aragón, que pudo salvar del expolio la mayor parte de la fortuna de su padre y, fiel a los principios morales de su espíritu—que eran los de nuestra raza—, abrió al pueblo las puertas de una rica Biblioteca.

Y fundadas al igual de ésta otras Academias y varios Institutos, que se multiplicaron abundantemente por diversos Centros, los israelitas españoles formaron en Salónica una Universidad importantísima, a la cual envió su hijo menor, llamado Samuel, el último Ministro israelita de España, el célebre Isaac Abravanel, tesorero de los Reyes Católicos, que sintió especial complacencia en que su Benjamín completase allí sus estudios hebraicos.

Cultiváronse con especial éxito en la Universidad salonicense las disciplinas de la Filosofía y de la Astronomía, en las que se formó y figuró como aventajado discípulo el que hoy es ilustre maestro contemporáneo y nuestro venerado Rabbí Saúl Amarillo, dominado, como el que más, por los sentimientos patrios españoles, no sólo por lo que hace a su nombre españolísimo, sino sinceramente sentidos en su hidalgo corazón.

Todos los israelitas españoles en general, pero más particularmente los de Salónica, han dado a la Historia con su conducta singular la más sorprendente y extraña de las contradicciones.

Por lo común, el pueblo sometido o vencido—y nosotros no otra cosa éramos cuando fuimos acogidos en Oriente—, aprenden y se asimilan la lengua del país que los gobierna.

Los sefardíes, por el contrario, extendieron por cuantos lugares recorrían, y en el sitio donde se instalasen, lo mismo en la Turquía europea que en Siria, Palestina o el Egipto, la civilización española que aprendieron, y, sobre todo, esa lengua española que llegó a ser en el siglo XVI verdadera lengua universal, merced a esos portentosos descubrimientos y conquistas—asombro de la época—realizados por los españoles de aquel tiempo, y a los que no dejaron de prestar su ayuda los israelitas conaturalizados entonces en España.

Deben recogerse aquí las palabras mismas con que el célebre

explorador español Gonzalo de Illescas retrata esta deportación del habla nacional a Oriente, llevada por el vehículo del sefardismo, cuando en uno de sus relatos dice, en lengua del siglo XVII:

“Llevaron de acá—dice Gonzalo—nuestra lengua y todavía la guardan y usan de la buena gana, y es cierto que en las ciudades de Salónica, Constantinopla, Alejandría y el Cairo y en otras ciudades de contratación y en Venecia, no compran ni negocian en otra lengua sino en español. Y yo conocí en Venecia hartos judíos de Salónica que hablaban castellano, con ser bien mozos, tan bien o mejor que yo.”

Pero aún más elocuentes que las palabras del explorador citado son las enseñanzas que se derivan del fenómeno, tan curioso como extraño, al que nosotros acabamos de asistir en la propia Salónica.

Los turcos, los griegos, los búlgaros, los armenios, incluso albaneses y tsiganes, necesitaron aprender el español para poder sostener con los sefardíes las indispensables relaciones de comercio. Sí, en Salónica, la sefardí, igual que en España, vosotros oiréis al histórico *sereno*, que os reclama en español la propina al final de una charla en este idioma.

En las tiendas elegantes, en las farmacias, en las clínicas, se oye frecuentemente hablar y entenderse en español a los clientes y a los dueños, así a los turcos, griegos y albaneses, como a los de otros países. Y en los sábados del invierno oiréis gritar a gitanillos y gitanillas por las calles: “¡Lumbre, lumbre! ¡Echa lumbre!”

En español os venden los albaneses la leche, sus mantecas y quesos y el delicioso *yoghourt*, en cuya preparación son maestros. En fin, los europeos que acuden a Salónica de todos los países de Europa deben aprender el español. Pues bien, como lo estáis viendo, no solamente hemos conservado la lengua del

país, sino que la hemos difundido y propalado en un ambiente de razas tan diversas, y donde, por lo general, los israelitas forman la verdadera flor y nata de su vida social, intelectual y económica.

Hasta hoy día, los principales y más eficaces agentes de la prosperidad comercial de Macedonia son los sefardíes. Los médicos más distinguidos, los abogados más ilustres y los profesionales más reputados están entre los sefardíes, y todos prestan a nuestros hombres de ciencia el sincero tributo de su más ciega confianza.

No se conoce obra administrativa que no haya recurrido al servicio de los sefardíes; en numerosos y muy importantes establecimientos comerciales, los directores, subdirectores, apoderados, tenedores de libros, y hasta los sirvientes y criados, todos son hebreos españoles.

Los más reputados profesores, los que gozan de mayor respeto y prestigiosa autoridad en las escuelas turcas y griegas, son asimismo sefardíes, y ellos son quienes, por medio de los varios órganos de la Prensa local, dirigen y encauzan la pública opinión, y esto no debe asombraros, puesto que en una población normal de 140 a 150.000 habitantes (según el censo de 1912), Salónica cuenta de 75 a 80.000 sefardíes; es decir, que más de la mitad de la población es de origen español, y ved ahí cómo la lengua de este vuestro pueblo ha podido convertirse en aquellas vecindades en la lengua que sirve lo mismo para usos del hogar, que de la calle, de los cafés, de los *restaurants*, de los salones y de los teatros, y esta lengua para nosotros tan simbólica, y que se va alterando cada vez más merced a las influencias y contaminaciones extranjeras, el castellano, en suma, que ha sido nuestra lengua intelectual, puede y debe continuar desempeñando este relevante papel si a ello ayuda la clarividencia del Gobierno.

Nosotros sostenemos en Salónica periódicos españoles, escritos en caracteres hebraicos, uno de los cuales, *La Epoca*, de Sam. Levy, ha publicado con frecuencia los artículos que a nuestra causa dedican el padre del sefardismo doctor Ángel Pulido y su principal colaborador don Rafael Cansinos Assens

Al igual de los países más cultos, tiene Salónica varias Instituciones de beneficencia, Círculos intelectuales, Sociedades recreativas y entidades dramáticas y musicales, sus partidos y Comités políticos, etc, etc.; pues bien, en todos estos Centros el idioma conversacional adoptado es, en general, el judeo-español, excepto en aquellos dedicados de manera especial a la educación y a la instrucción francesas.

Si en un movimiento político cualquiera se pretende llegar con él hasta el pueblo e interesarle en él, bien defendiendo las ideas, bien combatiendo dentro de los partidos, es preciso usar el español; lo más frecuente es dirigirse en español a las señoras; en esta lengua se publican los comunicados oficiales, y prueba clara de la especial consideración que disfruta esa nuestra numerosa colonia es que el Gobierno, con ocasión de la entrada de los griegos en la ciudad, mandó publicar la traducción española de la proclama dirigida por éstos a la población, y, además, que los Diputados, en las campañas electorales, están obligados a servirse del español para su propaganda electoral.

Especial mención merecen las Sociedades dramáticas que fundó y administró aquel eximio sefardí y llorado amigo mío que se llamó Elías S. Arditti, publicista de gran talento, delegado especial en los IX y X Congresos Sionistas que se celebraron en Hamburgo y Basilea, respectivamente, y autor muy celebrado de diversas obras escritas en judeo-español.

Todas las obras del teatro moderno representadas por las compañías dramáticas que él tan diestramente dirigía, fueron

traducidas por él al judeoespañol para ser en éste representadas, y precisamente a estas representaciones en esa lengua popular y conocida de todos se debió que el elemento salonicense sefardí cobrara con el tiempo la afición y gusto debidos al arte dramático. Y recordando estos instantes, vuelvo a ver ante mis ojos aquel episodio de mi adolescencia en que, poseídos todos los jóvenes y aficionados que colaboran en aquellas representaciones teatrales de un muy sincero orgullo y de animosos entusiasmos, siguieron gustosísimos la iniciativa del director Arditti y del primer actor León Salem, fotografiándose en grupo para conmemorar aquel instante de bella expansión artística y enviar inmediatamente un original recuerdo a su don Ángel Pulido, al que siempre tenían muy presente, el cual correspondió enviando a su vez otra fotografía suya, autógrafa, la cual aún hoy es considerada como uno de los adornos más preciados de los salones de las más opulentas familias de Salónica, a las que pertenecían los grupos de actores.

¿Será preciso añadir a esto que cuando nosotros subíamos al escenario lo hacíamos, así para saborear un placer literario de refinado gusto artístico, como para enriquecer o contribuir a llenar las cajas de las Sociedades de beneficencia, tanto de los judíos cuanto de los extranjeros?

Regístrase en Salónica otro hecho particularmente original y curioso:

Cuando los expulsos de España llegaron a esta ciudad fundaron distintas Comunidades, siguiendo, para su designación, el deseo de perpetuar en ellas el nombre de las provincias que ellos habían habitado en su abandonada Patria.

Cada una de estas pequeñas Comunidades, fundidas al presente en una sola de 80.000 almas, tenía su Sinagoga.

Actualmente se conservan todas esas Sinagogas, y en cada una de ellas elevan sus preces al Altísimo los descendientes de

aquellas familias que pertenecieron a las provincias españolas, cuyo nombre titula a la Sinagoga respectiva, y así, ciertamente, estas Sinagogas, en número de 36, llevan los nombres de Aragón, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Cataluña la Vieja, Cataluña la Nueva, León, Madrid, Sevilla, Córdoba y Zaragoza, etc., etc.

Y gracias a este uso ritual, piadosamente conservado por la tradición, puede afirmar hoy mismo cada sefardí de Salónica, y después de cuatrocientos veinticinco años, de qué provincia o comarca españolas es originario. Y hay otros casos en los cuales recuerdan igualmente los nombres patronímicos, la ciudad o aldea que habitaron o los ríos, riberas, prados o montañas de las mismas regiones, como los apellidos Cuenca, Beja, Carmona, Toledo, Toledano, Soria, Vélez, Matarasso, Navarro, Cordovero, Montillas, Aguilar, etc., etc. Y teniendo esto en cuenta, ¿qué de particular tiene que en tales Sinagogas se oiga al oficiante pronunciar sus rezos en perfecto español, o que lea en esta lengua los edictos de nuestra Comunidad relacionados con el culto, la beneficencia o la higiene?

Pero, desdichadamente, ha caído sobre nosotros la misma dura acusación que la Historia lanzó sobre la moderna Grecia; es decir: se nos acusa de que nuestra vida, durante estas últimas décadas, se ha sostenido tan sólo del recuerdo de nuestro tiempo viejo, al igual de los modernos helenos, que aún explotan para su subsistencia moderna el esplendor pasado, ya tan remoto, de cuando dieron al mundo Homero, Sócrates, Herodoto, Pericles y Aristóteles.

De nuestro pasado glorioso sólo conservamos el recuerdo de lo agradable y de lo tristemente célebre.

Dos fenómenos dieron apariencia de verdad a estos asertos.

Por un lado, los judíos, que poseen como pocos el raro don de asimilarse, terminaron por descender muy pronto en el Orien-

te al mismo nivel intelectual de los turcos, aunque conservando, claro es, una superioridad relativa, debida a nuestra inteligencia, a nuestro conocimiento de las lenguas europeas y, sobre todo, a esa destreza y desembarazo que se adquieren en los numerosos viajes de los nuestros por Europa y América.

Y, por otra parte, los sefardíes de Oriente, que culminaran en las altas esferas intelectuales, sobresaliendo ventajosamente en distintos Centros universitarios de Europa, han sido casi ignorados de nosotros, porque el vulgo inmenso no comprende ya su lengua.

La plebe, pues, cree en nuestra decadencia intelectual porque ella no conoce a nuestros grandes hombres que, al presente, encarnan aún todas las cualidades con el saber de sus antepasados.

¡Y qué alegría es la mía al poder rebatir todas esas falsas invenciones de tan diversas índoles con el mentís más absoluto, hablando aquí mismo, usando el dulce lenguaje de los míos y en presencia de dos preclaros hijos de la raza sefardí, mi venerado maestro el ilustre doctor Max Nordau, noble descendiente de los Abrávanel, y en quien nosotros queremos ver la expresión de todo el pasado glorioso, la representación más auténtica del presente y el compendio de todas nuestras esperanzas para el futuro, y mi distinguido amigo el sabio doctor Yahuda, designado especialmente para reconstruir una brillante historia a continuar después, y que es asimismo un descendiente directo de la familia Ben Sassón, cuyo nombre pasó timbrado de gloria a la Historia de los inmortales!

En vosotros, queridos maestros, veo brillar radiantes el saber y la ciencia de Jehudá Ha-Levy, de Maimónides y de tantos otros de su época; de los Spinoza, de los Passy, Arama, Caballero, Mitrani, Saragossí, Caro, Lusitano, Verga, Jullanus, Aboab, de los Cobos y Almosnino, que vieron la luz en España

y en Turquía y en otras partes, y por cuyas venas corría pletórica la ardiente sangre española.

El esplendor de vuestros éxitos llega hasta nosotros, y por ello nos sentimos poseídos de grande y legítimo orgullo.

¿Qué hay, pues, de verídico en estas creencias que alimenta el pueblo que nos ignora?

Pues que con nuestro español viejo, cuatro siglos atrasados del vuestro, condenado a un estancamiento de paralización y de muerte, no nos ha sido posible seguir vuestros progresos en la civilización moderna. Y cuando sentimos el anhelo imperioso de abandonar nuestro aislamiento, acercándonos al movimiento bullente de las ideas y de los descubrimientos modernos, nos vemos forzados a apagar nuestras sedes de cultura en la fuente de la civilización francesa, que ya venía a nuestro encuentro, enviándonos sus misioneros en forma de maestros y de literatos, que nos ofrecía escuelas en nuestra propia casa, nos suministraba libros y periódicos y que, en suma, ha permitido a nuestra juventud, ávida de cultura y de instrucción, poseer el instrumento soberano de la moderna civilización del siglo XX, suministrándole esa verdadera llave de oro que le dió acceso a la más alta y noble cultura: a la cultura europea.

Sin embargo, cuando nosotros modelábamos nuestros espíritus en esos moldes franceses que tan ampliamente se nos ofrecían, no dejábamos de sentir al mismo tiempo que con ello rompíamos dolorosamente con nuestro pasado histórico, tan claro y eminentemente español.

Al hacer del francés nuestra lengua de cultura, cerrábamos toda comunicación con los sentimientos hereditarios de nuestras familias.

Veíamos que con esto abríase una honda hoya entre nosotros los intelectuales y el pueblo menos culto, que tenía el derecho de considerarnos como un instrumento y su guía naturales para

y hacia el progreso, y esta hoy irremediablemente debería ahondarse y alargarse más y más a medida que más nos apartábamos también de nuestras viejas tradiciones españolas y más profundizábamos en la civilización y en la mentalidad francesa.

Concientes de nuestros deberes morales y en presencia inmediata de la masa de nuestro pueblo, experimentamos ahora una verdadera angustia por esa escisión inevitable entre ella y nosotros, y esperamos con nuestros más fervientes votos alcanzar la posibilidad de acoplarnos algún día la civilización española moderna, lo mismo que hemos poseído la francesa.

Si España quisiese hacer en nuestro favor lo mismo que ha hecho Francia, esto es, suministrarnos desde luego maestros e instructores, proveernos de Bibliotecas y fundar periódicos; llegar, en este sentido, a la creación de escuelas, lo que representaría el resultado más lisonjero de los éxitos primeros; hacernos, en fin, fácil y posible la refundición de nuestro dialecto viejo hasta la altura del moderno castellano, con lo que nos haría accesibles los tesoros de su literatura y de su ciencia, ¡oh, entonces, con qué entusiasmo nos pondríamos todos a aprender y a practicar el español moderno, y cómo de un salto inconcebible y gigantesco salvaríamos la distancia de estos pasados cuatro siglos! Y yo os aseguro que, al conocer con toda certeza de las dotes naturales y afectivas de los míos, muy pronto nos reuniríamos en el paso uniforme del presente, caminando juntos hacia el futuro.

Conservárase de este modo la unidad de nuestra raza sefardí; podríamos continuar hablando a los nuestros en la misma lengua que fué el dialecto de nuestros padres; rejuvenecido y rehecho nuestro español, nos serviría como el medio más eficaz para colocarnos al nivel de la Europa moderna.

Pero no por esto habríamos de abandonar el francés, pues, como quiera que no soñamos con la inmigración en masa a nues-

tra antigua madre española, permaneciendo en nuestras tierras actuales, a lo menos la inmensa mayor parte de los nuestros, nos sería igualmente necesario y útil seguir poseyendo el francés, esa lengua universal por excelencia en nuestro tiempo.

Pero, en fin, nuestra lengua ha de ser en lo futuro el español genuino, al igual que lo ha venido siendo hasta ahora el judeo-español, si bien ya resulta bastante deformado e insuficiente.

Es interesante hacer constar en este conjunto cómo las potencias extranjeras, y en especial las latinas, intentan extender por Salónica su lengua y su cultura.

Todos reconocían que el elemento más favorable para lograr esta expansión lo formaban los sefardíes, ya que, por su conocimiento del español, aprenderían muy fácilmente el francés y el italiano, que, con aquél, tienen igual origen en el latín; pero lo que se ignora generalmente es que todo este movimiento intelectual ha sido fomentado por los judíos en su avidez de necesaria instrucción.

Gobiernos que ninguna relación tenían con los sefardíes respondieron a nuestra llamada, y, aún más: concedieron su protección a muchos de los nuestros. Así se explica que todos los súbditos franceses, italianos, ingleses y hasta varios austríacos, que se encuentran en Salónica, sean sefardíes.

Siempre que esos Consulados hablan del gran número de sus súbditos, es preciso agregar que más de la mitad de éstos se reclutan entre los sefardíes, que han obtenido siempre de sus Gobiernos todas las ventajas y derechos que pueden alcanzar a un súbdito legítimo.

Y ahora bien: ¿qué es lo que ha hecho España para captarse las simpatías naturales de cerca de un millón de voluntarios que pueblan el Oriente, y que podrían ser sus mejores agentes, no sólo para difundir la cultura española, sino para

contribuir igualmente a la mayor extensión del comercio de la Península?

Desgraciadamente, ¡nada!

Allá en los años 1865 y 66, en que comenzó a regularse en Turquía la cuestión de las nacionalidades extranjeras, Francia, Inglaterra e Italia ampararon bajo su bandera protectora a un gran número de Sefardíes; y España, que pudo desempeñar entonces un papel muy importante y trascendental, ¡se desentendió en absoluto de sus *hijos naturales*!

De igual manera, casi todos los acontecimientos, que podían poner en peligro la vida de los judíos, extraños a las cruentas luchas de que fué teatro siempre Macedonia, eran aprovechados por diversos países para anexionarse, colocándolos bajo su protección y amparo, la mayor parte de aquellos desventurados.

Pero los judíos, que por lo general tienen una muy clara percepción de las cosas, no vacilaron en franquear aquellas puertas, que tan generosamente se les abrían; y se aprovecharon de esa protección, no sólo para gozar del beneficio de escuelas, tan necesarias para conllevar la diaria e incruenta “lucha por la vida”, sino para recibir también las derivaciones de su superior prestigio.

¡Y triste contraste! Mientras tantos países utilizaban para el fomento de sus intereses nacionales esta afluencia de nuevas energías y actividades, que los aportaba el Sefardismo, España permanecía indiferente e inmóvil, desoyendo el llanto de dolor de quienes eran sus verdaderos hijos!

¡Efectivamente, permanecían sus oídos demasiado sordos para acoger las manifestaciones de simpatía de todos los que volvían hacia ella su mirada!

Nuestros Cónsules no desplegaban la menor actividad, y efecto de esta inercia de muerte pasaron totalmente desapercibidos para ellos acontecimientos tan graves como el asesina-

to de dos Cónsules extranjeros por una joven cristiana, que intentaba convertirse al Islamismo; el movimiento revolucionario de Bulgaria en el 1902, y la revolución de los “Jóvenes Turcos”, ocasiones todas, tristemente desaprovechadas para lograr de hecho la reivindicación de la nacionalidad.

Llega el año 1912 con la guerra balcánica, y consecuencia de ella, resultan los Sefardíes víctimas precisamente de su amor, reconocimiento y fidelidad, guardados con tanta devoción a su Patria adoptiva, a la Turquía, bajo cuya protección habían vivido tan felices y contentos. Y todos aquellos Sefardíes, que tanto laboraron por el desarrollo económico e intelectual de Salónica, se encuentran de pronto frente al elemento heleno, que viene a dominarles; el elemento extranjero, para el que no teníamos nosotros, en justicia, ningún motivo de gratitud, y él, sí, por el contrario, con nosotros, a los cuales era deudor de encontrarse nuevamente en su antigua Tesalónica, transformada en plaza pujante y rica gracias al esfuerzo del pueblo Sefardí, que había transportado a ella toda su cultura y toda su actividad de renovación y de empresa.

Y entonces fué cuando Francia, maestra de pueblos por su caballerosidad y su nobleza, concedió su protección momentánea a todos cuantos se la demandaron.

Si la guerra actual nos ha hecho aprender la Geografía, bien puede decir que la del Balkán nos enseñó a conocer y a distinguir las enseñas patrias de todas las naciones del mundo, como nunca hasta entonces habíamos tenido ocasión de hacerlo.

Por mucho tiempo las banderas protectoras ondearon sobre las puertas y ventanas de las casas que habitaban todos los que no eran otomanos. Izada una bandera extranjera sobre cualquier vivienda, obteníase la mejor defensa contra tristes atropellos, que no enumeraremos en esta ocasión.

Era cuando se veían grupos de ocho o diez amigos buscando

seguro resguardo para sus vidas e intereses en aquella casa, que siendo de parientes, amigos o vecinos, ostentaba con orgullo banderas de nacionalidades distintas, y en cuyos amplios pliegues habían encontrado firme y maternal cobijo.

Mas, desdichadamente, eran los menos estos afortunados que gozaban con tranquilidad el beneficio de haber asegurado sus vidas y las de los suyos; en la inmensa mayoría de las otras casas, las noches transcurrían más largas que nunca, y esperaban en el lento transcurrir de las horas nocturnas los primeros rayos de la aurora, que habrían de aportarles un nuevo plazo en su esperanza, del que gozarían sus tiernos deudos, que en aquel momento tan extemporáneo y tardío comenzaban a ceder el sueño de la noche!

¡Y cuántas veces, durante estos días de opresora angustia, mis amigos y yo hubimos de arriesgar nuestras vidas, indagando las fechorías perpetradas en la última noche y llevando en nuestras palabras de emoción el débil consuelo que ofrecíamos a las familias que atribulara la desgracia o que la crudeza del dolor ya había hecho enloquecer!

Y fué en una de estas andanzas luctuosas cuando una infeliz muchachilla, desgraciada analfabeta y simple cigarrera, me sorprendió en momentos de una emoción conmovedora e impresionante en extremo.

Mientras mecía con su pie la cuna de su tierno hermanillo, y le adormecía al son de viejas canciones españolas, sostenía entre sus manos la diaria labor de su costura, origen ésta precisamente de toda mi sentida emoción. Pues ¿sabéis qué era lo que la joven plegaba y remataba con el más cuidadoso esmero?

Difícilmente podréis adivinarlo, porque ignoráis hasta qué extremo se ha conservado siempre, y a la vez por todas las clases sociales de nuestra población, el recuerdo permanente, vivo de nuestro origen.

Pues bien; esta chiquilla, mientras cantaba romanzas, unas veces tristes y otras alegres, pero hablando todas directamente al corazón, estaba a punto de terminar... UNA BANDERA ESPAÑOLA!

Cuando logré acallar mi honda emoción, esto no sin esfuerzo, me permití advertirle en tono de amistosa reconvención: “Si se llega a saber que esta bandera ha sido izada en tu casa sin que se pueda justificar por documento un acto semejante, correrás un grave riesgo.”

Y en seguida, madre e hija, al unísono, me contestaron en su lenguaje arcaico:

“El farto no cree al hambriento. Vuestra merced no se espanta; es franco. Nosotros somos también francos. Nosotros somos españoles. El descansado de tío Manuel Cuenca nos decía siempre que veníamos de España en Turquía. Ahora se fué el turco, somos españoles. ¡Quienquiera que venga, si no es el turco, somos españoles!”

¿Puede darse ingenuidad más inocente, y amor más explícito, al mismo tiempo que sentimiento más sencillo y profundo, con la invocación de un derecho más justo?

Repitieron otros muchos con igual sincera jovialidad el mismo juego; y al atardecer, el sol, antes de ocultarse, enviaba ya desfallecido sus últimos rayos a esas banderas españolas, que ondeaban juguetonas en el silencio de esas noches estrelladas, tan privativas y peculiares de Oriente.

Y esto se consumaba porque España, batida por un mágico bastón, que la hacía despertar, encontró en Oriente un vasto campo de actividad, que si bien no preparado por ella, era, sin embargo, la explosión de los sentimientos que todos los Sefar-díes, sin distinción de clases, alimentaban por ella en sus corazones.

Todos los pueblos de Europa enmudecieron a los gritos de

angustia que lanzaba en su tribulación el infortunado pueblo Sefardí; y desoyéndolos, decretaron la ocupación de la ciudad, si aquella hostilidad manifiesta no cesaba en breve plazo.

Y apostáronse entonces en el puerto de Salónica navíos guerreros de Francia, Inglaterra, Italia, Austria, Alemania y Rusia.

Constantinopla, orgullosa al oír hablar de aquel recibimiento dignamente indiferente y frío que Salónica había dispensado a los Ejércitos advenedizos de los griegos, examinó con interesado detenimiento la cuestión de nuestra causa y trató de buscar una solución decorosa, que cumpliera como merecían sus antiguos súbditos.

Así los periódicos de Constantinopla fueron los primeros en recomendar a los turcos una inmediata marcha hacia otras regiones del Imperio musulmán, y a los Israelitas, a la vez que extendían la anterior propuesta, les recomendaban también la protección de potencias extranjeras.

El diario *Sionista*, de Constantinopla, y verdadero portestandarte de los intereses judaicos por todo el Imperio otomano, con su constante labor de los últimos años, fué el primero en lanzar la idea de una reincorporación a nuestra antigua madre Patria: ¡a España! Su director es un Sefardí, que honra a sus antepasados y a su ciudad natal; se llama L. Sciuto y es originario de Salónica. Este mismo periódico nos hizo saber en seguida la muy favorable impresión que había causado a los Centros oficiales turcos la idea del retorno a su antigua Patria de todos los israelitas Sefardíes, que habían sido otomanos por un gesto de elocuentísimo reconocimiento y anhelaban reivindicar su antigua nacionalidad: ¡la española! Este periódico consagró, sintiendo por ello especial deleite, varios de sus artículos de fondo a la larga audiencia que nuestro muy amado rey don Alfonso XIII tuvo a bien conceder a nuestro embajador

en Constantinopla, Su Excelencia Señor Ury, y durante la cual Su Majestad le encomendó la protección debida a los españoles de Oriente, aprovechando sus simpatías por España, tan naturales y manifiestas, para ayudarle a lograr la anhelada reivindicación de su nacionalidad de origen.

También supimos que todos los impulsores y colaboradores de la propaganda Sefardí, siguiendo el ejemplo de su digno paladín, don Ángel Pulido, y sirviéndose de su cálida palabra en conferencias y en la Prensa, invitaron al Gobierno que entonces presidía el señor Conde de Romanones a que naturalizase como españoles a todos los israelitas Sefardíes.

La Historia habrá recogido de seguro el recuerdo de aquella fiesta simpática y espléndida de la recepción oficial del Gran Rabino de Turquía, a bordo del estacionario español en aguas de Cuerno de Oro y a los marciales acordes del himno nacional español: recuerdo que en Salónica esparcióse esa nueva como reguero de pólvora, y el entusiasmo con que se acogía se aumentó por el conocimiento de aquellas famosas órdenes que tan reiteradamente se dieron al Cónsul para conceder la nacionalidad española a todos cuantos la demandasen; y es oportuno consignar aquí, como Austria e Italia aprovecharon también ahora esta nueva ocasión, que la casualidad les deparara, para conservar y retener como súbditos suyos a los mismos a quienes protegieron cuando la entrada de los griegos en Salónica. Centenares de gentes acudían a solicitar al Consulado español, movidos espontáneamente, sin que a ello les impulsara requerimiento ni invitación algunas. Se iba y se venía con toda presteza, no para asegurar ya ni la vida ni los bienes, preservados con la absoluta garantía de la tranquilidad de que se disfrutaba en la ciudad, gracias a las buenas disposiciones dictadas por las Autoridades de la antigua Grecia, que pronto rectificaron su conducta, reconociendo su error, que había sido originado por

la malevolencia hacia los judíos de los griegos de Macedonia, que creyeron haber encontrado entonces la ocasión propicia para vengarse de la consideración que no siempre les habían guardado los turcos. De esta manera respondíamos nosotros a las insistentes llamadas del Gobierno, que nos probaban que España, en efecto, se acordaba de nosotros y que gustosa se preparaba a recibirnos en su seno. Desdichadamente para todos, los Representantes allá de estos Gobiernos no han estado a la altura de su deber, no han comprendido ni los felices designios de nuestro Rey, ni las disposiciones de su ministro de Estado entonces, el ilustre hacendista don Juan Navarro Reverter. Y esos Representantes eran exclusivamente la causa de que muchos de los nuestros trocasen en seguida su vivo entusiasmo y sus mejores esperanzas, por la desilusión más amarga y desconsoladora.

El Embajador en Constantinopla y el Gobierno de Madrid, dictaban órdenes que nunca se cumplieron; todas las Cancillerías Consulares de Salónica dependían, hasta fines del 1913, de sus respectivas Embajadas de Constantinopla, y esto, que confirma que efectivamente España estaba en su perfecto derecho concediendo esta nacionalidad, podría protestarse solamente por los turcos, que, sin embargo, fueron los primeros en aprobar y reconocer la validez de los pasaportes españoles que llevaban los que habían sido antiguos súbditos suyos y que viajaban y se establecían por las tierras turcas, ostentando su reciente nacionalidad española, lo que yo mismo, entre otros, puedo testificaros, porque en mayo de 1914 hice un viaje por Turquía provisto de un pasaporte español que había sido visado por los turcos. Turquía quiso siempre servirse de los israelitas para llevar la prosperidad al resto de sus posesiones; para ello invitóles a volver a su territorio, concediéndoles plena franquicia de Aduana para todas sus mercancías depositadas en Salónica o en ca-

mino para ella, dispensábalas los derechos de patente y hasta les declaraba exentos del servicio militar durante las primeras anualidades.

Los que comprendieron el gran descenso comercial que había de operarse rápidamente en Salónica, dominada por los griegos, en seguida marcharon a establecerse en Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia, Egipto, Alemania, y muchos también en América y Turquía.

La inmensa mayoría quedó esperando los acontecimientos, y algunos de entre los nuevos súbditos españoles marcharon también a Turquía. Citaré un hecho para demostrar que este amor tan manifiesto por España nunca fué calculado y ficticio, sino muy al contrario, espontáneo y real.

La importante casa comercial Sabetay Nissim, de Salónica, se estableció en Smirna; desde luego podía aprovecharse lícitamente de la franquicia concedida por los turcos, y con la cual se hubiera economizado unas 740 libras turcas, que supondrían unos 18 a 20.000 francos de derechos de Aduanas; mas ella las importa hasta su destino nuevo, entrando como súbdito otomano; prefirió, ante todo, y arrostrando un dispendio en este caso inútil de su dinero, el guardar y conservar su nacionalidad española obtenida en Salónica.

El y sus hijos han viajado por Turquía, Grecia, Francia, Italia, Inglaterra, Austria, Alemania, Suiza y Bélgica, con su cualidad de verdaderos súbditos españoles. Pero hete aquí que arbitrariamente y sin razón suficiente para ello, que en la actualidad son protestados y hasta resultan desconocidos para el propio Representante de España en Salónica. Hecho tan elocuente por sí mismo no necesita comentarios.

Ahora bien; impulsados por casos como el anterior, nos hemos decidido a volver nuestra mirada a la Metrópoli, bien orientados y dispuestos previamente, con la intención de descubrir

la fuente y origen de esta indiferencia opuesta por España a nuestro interés manifestado tan noblemente.

Un acontecimiento que a primera vista parece muy poco significativo, pero que para nosotros fué de singular y excepcional importancia, vino a infundir nuevamente los perdidos entusiasmos en los espíritus, que una realidad contraria había apagado, e hizo otra vez brillar más con el brillo de halagadoras esperanzas, los rostros ceñudos de toda aquella pléyade de intelectuales, que había encauzado su ideal por el rumbo de nuestra futura suerte en España.

En efecto; surgió el acontecimiento importantísimo de la llamada a España del sabio doctor Yahuda, honra muy preclara, como dije, de nuestra raza Sefardí, que venía a este país de evocaciones y de ensueños llamado especialmente por el Gobierno español para que en la Real Academia de Jurisprudencia dejara oír su voz prestigiosa, exponiendo en varias conferencias la civilización y la historia de su pueblo, que ya comenzaba a interesar cuanto era debido a la cultura moderna española.

Por los periódicos conocimos a su tiempo esta realidad feliz; muy íntimamente nos regocijó el resonante éxito de esas conferencias; éxito que nosotros atribuimos, no sólo a los méritos excepcionales del conferenciante, sino también, en una parte principalísima, al manifiesto interés que el Gobierno y el pueblo españoles prestaron a este asunto.

Salónica, de otra parte, siguiendo su conducta de invariable reconocimiento y para ostentar públicamente su testimonio de evidentes simpatías, se dispuso a enviar una delegación que agradeciese oficialmente a la Metrópoli los designios del Gobierno para con sus antiguos súbditos; Embajada que había de estudiar al mismo tiempo los medios más conducentes para fomentar y dar realidad definitiva a extremo tan importante y

noble. Desdichadamente, el estallido de la guerra europea fué la triste causa de que se paralizasen preparativos de tan buenas intenciones.

Despistados otra vez, y ya sin fija orientación a causa del encanto tan atrayente y singular de todos estos acontecimientos, y sumidos, además, en un mar de esperanzas, que sustentadas con ardiente fe nos hacían sentirnos cada vez más unidos con España, llega de repente un momento, en que necesitamos revolvemos una vez más contra el Representante español, que se niega, alegando motivos muy extraños, a continuar reconociendo como españolas a cierto número de nuestras familias más distinguidas, para decirnos:

“Andad de ahí, que no sois españoles.”

Y ante este caso inesperado y esta desagradable sorpresa, ya no había de ser embajada de enviados alegres y gozosos la que Salónica enviase a Madrid, sino otra muy distinta: de pesar y de dolor, que transmitiera a estos Poderes Centrales la honda tribulación por que atraviesa una gran parte de los nuevos súbditos, que repentinamente habíanse visto arrojados de la protección española.

Y yo he tenido la suerte y el honor de representar esta embajada que solicita cerca del Gobierno español la reivindicación de los derechos que nos son debidos, y que nosotros sostendremos siempre, por estar seguros de que los sentimientos de toda la nación española están con nosotros.

No quiero contaros ahora, señoras y señores, las numerosas preocupaciones que un largo viaje, atravesando un mar sembrado de submarinos y de minas, haya podido inspirar a mis abandonados padres, aunque creo que esto revestiría positivamente un verdadero interés; estos padres míos que jamás vieron alejarse de su lado al hijo suyo, y, sobre todo, los dolores de mi adorada madre, trémula de espanto al pensar que su hijo

se entregaba a los caprichos del mar, a los peligros originados por una guerra como ninguna aterradora, que arrasa la lozana flor de la juventud, sembrada por el mundo entero, sacrificando con su imperio brutal todo principio de humanidad, sin respetar, ni menos atender, las lágrimas y la desesperanza de tantos millones de madres como en el día suspiran, acompañadas únicamente de la desolación y de la miseria.

No voy a detallaros tampoco las horas tan críticas pasadas durante mi viaje, y los momentos más difíciles, que en ocasiones hasta no pude vencer; sólo me alentaba la idea de que me dirigía, en efecto, a la patria misma de mis antepasados.

Tenía en ella muy grandes y firmes esperanzas. Y, en efecto, creí terminada y triunfante mi honrosa misión cuando por vez primera me vi en presencia de las Autoridades representativas del Poder superior al que implorábamos, encontrándome rodeado de los ilustres doctores Pulido, Morayta, Altamira, Simarro y Yahuda, y sintiendo tan claro y próximo aquel vivo interés y amable benevolencia con que se recogieron mis demandas, tanto por el señor Ministro de Estado, cuanto por el jefe del Gobierno, el señor Romanones, a quienes desde aquí públicamente ofrezco mi debida gratitud.

Pero bien conocéis todos el dichoso refrán que dice: “Las cosas de Palacio van despacio.” Y en mi caso, también se ha impuesto el dicho popular; y hasta el momento presente parece que mi misión va ya adelantando, sin otra razón que la de esas resistencias técnicas y de orden burocrático que a veces basta el empuje de la mejor voluntad para vencerlas.

A no ser por mi ciega y absoluta confianza en la generosidad e hidalguía del pueblo español, hubiera desesperado de mi obra, considerando que después de tres meses de indagatorias y de diligencias no he podido tranquilizar todavía a los que allá, en el país abandonado, esperan con impaciencia que el telégrafo

les transmita la ansiada palabra de “LIBERACIÓN”, diciéndoles: “El Gobierno español ha oído vuestra voz, y os concede el derecho que solicitan para vosotros los más privilegiados espíritus de la nación. Ahora ya comprenderéis bien mi dolor y mi tristeza, por no poder pronunciar todavía esta palabra, “LIBERACIÓN”, y transmitir esta sanción de justicia otorgada por el Gobierno español, el único que puede regular el estado civil de los individuos y de las familias que yo represento.”

Pero estoy convencido y espero el éxito final, porque creo que el Gobierno seguirá, de seguro, la voz unánime de su pueblo, cuya Prensa—la de todos los partidos—ha acogido mercedamente el eco de lo que sucedía. Necesito darme prisa a exponeros cuáles medios habrán de mantener firme e imperturbable este amor, cuya existencia ignoráis, y con el que habréis de contar con la misma seguridad que cuenta todo pueblo que siente el sano orgullo de ver cómo su ciencia, su cultura, su comercio y su industria son atendidos más allá de sus fronteras.

Mas permitidme que abra aquí un breve paréntesis para expresar a la ligera algunas impresiones sentidas al entrar en el país de mis antepasados.

¡Ir a España! me decía yo en Salónica: el proyecto se conforma, desde luego, con mis aspiraciones: éstas son el sueño de mí infancia, y van a realizarse de un modo verdaderamente muy halagüeño.

Efectivamente, yo vine aquí, no como un turista, ni como un comerciante cualquiera, sino como aquel niño que, extraviado por tierras lejanas, vuelve al país que debe ser su patria; como un Embajador encargado de presentar homenajes de respeto y testimonios de debida gratitud y de reclamar, al mismo tiempo, derechos debidos. Y bien: nosotros, que conocíamos hasta el último rincón de España, ignoramos hace sólo

algunos años lo que es la España moderna, porque entre nosotros no hace mucho que desapareció la creencia común de que aún quedaban vestigios del pasado, y hasta existían gentes que creían que el espíritu de Torquemada y de Arbués, todavía no había desaparecido de España. Pero ya esos prejuicios han desaparecido como por encanto, especialmente desde que supimos que a la cabeza de esa nación se encontraba, rigiéndola con su celo augusto, nuestro muy amado rey don Alfonso XIII, de cuyas bondades y magnanimidad augustas llegan incesantes ecos hasta nuestros oídos, así como de la labor incesante que sostienen tantos hijos ilustres de esta España moderna, que combaten con gran entusiasmo y con verdadera abnegación por los ideales de libertad, de justicia y de fraternidad, que anhelan para todos los españoles del mundo.

¡Qué emoción tan profunda sentí al separarme de mis familiares y amigos, y especialmente en aquel momento supremo en que tantas sencillas mujeres me encomendaban que buscara la tumba de sus ascendientes! ¡Y hasta me pedían una oración por ellos! ¡ Ah! Estas buenas mujeres ignoran los hechos históricos y por eso creen que las tumbas de sus antepasados se encuentran todavía en el sitio mismo donde sus cuidados las abandonasen!

Mientras reflexionaba en estas comisiones tan simples, pero tan simbólicas, el barco me alejó de las costas donde se encuentran los seres que amo y adoro; y alejándome de éstos me iba acercando a esas otras costas que conservan los rayos furtivos de un pasado brillante, del que sólo conservamos un recuerdo.

Mi libro de viaje eran *Las Novelas ejemplares* de Cervantes ; lo leía con avidez y con emoción al mismo tiempo. ¡Se me hacía tan difícil creer que después de cuatrocientos veinticinco años hubiese vuelto a encontrar en este libro el lenguaje intac-

to de mis progenitores! Y, sin embargo, me repetía a mí mismo con gran frecuencia: ¿Seré comprendido en España?

Siguió siendo este libro mi mejor compañero de viaje, y en su compañía llegué hasta la misma frontera española. De repente me encuentro en Cervera y en Port Bou. Por primera vez en mi vida me encontraba rodeado de españoles. Sus gestos me eran familiares, y en el tren entendía, aunque fuese una indiscreción, su conversación en ese dulce y armonioso idioma.

Sentado en un rincón del vagón estaba pensativo y triste. Diversos cuadros y situaciones ofrecíanse ante mis ojos, y, sin embargo, pasaban por completo desapercibidos. Mi corazón se apretaba más cada vez, y admiraba las montañas, las llanuras, los ríos y todos los encantos de la naturaleza, recogiendo tan sólo a mi paso el eco de inocentes risotadas de grupos de chiquillos juguetones que detenían su alboroto a su paso de trueno. Puedo aseguráros, sin que en ello haya exageración, que todos los árboles del camino, y hasta las propias piedras, parecían quererme comunicar los secretos que ellos solos poseían. Y muy quedo me preguntaba: ¿Habrán sido estos lugares también poblados por mis abuelos? ¿O acaso fué ésta la triste vía seguida en su destierro?

Aquellos dulces rayos del sol, ya mortecino, que alegraban con sus colores la colina, traían de tiempo en tiempo una nota de alegría cordial a mis meditaciones. Se detuvo el tren en la estación de la ciudad, que confirmó mis rientes impresiones acerca del país; y llegué a Barcelona, que, sea dicho con sinceridad, me pareció un Paraíso perdido. Saludé a muchos antiguos conciudadanos míos, y todos me aseguraron que gozaban de una vida tranquila y activa, que se alegraban de sus excelentes relaciones con la población en general.

Siguiendo mi camino, terminé mi viaje en Madrid. Por todas partes me parecía volver a encontrarme repetidas las caras

de mis conocidos y amigos. Leyendo las estaciones recorridas, Zaragoza llamó especialmente mi atención, no sólo por ser el nombre de una de las 36 sinagogas, como ya dijimos, sino porque es un apellido frecuentísimo y común a muchas familias Sefardíes. Llegué a Madrid cerca de la media noche y en el acto recibí las impresiones más chocantes y extrañas, las mismas que me expliqué al día siguiente y que he ratificado en lo sucesivo.

Inmediatamente dejé de considerarme extranjero mientras pisase este suelo, y esto, no por el aspecto de la ciudad, sino porque las costumbres y los usos de sus habitantes me eran completamente familiares. A no ser por la ausencia de los míos, y por la falta de mis habituales ocupaciones, hubiera tenido constantemente la sensación fija de que vivía en mi ciudad natal; pero es preciso declarar también que el sentimentalismo tiene con frecuencia sus graves inconvenientes, y confieso que, durante cuatro o cinco días, estuve a punto de pagar bastante caro la serie de mis sufridas emociones, que constantemente acudían a mi espíritu por cuantas partes me alejara, producidas por cuantas escenas presenciaba, lo mismo en el café que en la calle, en el hotel que en el teatro, en las vías más concurridas que en las más solitarias.

Sobre todo en el teatro fué donde descubrí tantísimos gestos que nos son excesivamente familiares, y estando aquí era donde más me creía transportado a los propios teatros de Salónica. Recordaba y me figuraba ver en la escena a todos aquellos artistas y “aficionados” de que os hablé hace un momento, y me preguntaba a continuación lo que muchos de entre ellos hubieran podido conseguir, si en lugar de apropiarse tantas literaturas extranjeras como se traducían al judeoespañol, hubieran podido asimilarse todas las riquezas de la literatura española. Y al presenciar las salidas de esos teatros era testigo

de escenas y de cuadros que me hablaban tan adentro, que mi pañuelo tenía que enjugar muy discretamente las lágrimas que mis emociones hacían brotar involuntariamente de mis ojos.

Aún hoy, cada momento que pasa me revela un mundo de cosas, una serie interminable de cualidades y de algunos defectos también, ¿por qué no decirlo?, que me dan las pruebas más concluyentes de que los españoles de España poseen igual mentalidad que los Sefardíes de Oriente.

¿Y qué os he de decir de la conservación por los Sefardíes del arte culinario español? Esto proporcionaría de sobra tema para una conferencia, como igualmente los prestan tantos otros puntos, que no he hecho sino indicar muy someramente, casi en epígrafe, por no abusar de vuestra indulgencia.

Afortunadamente, varias confituras, que habitualmente nos ponen nuestras madres en nuestras maletas, han llegado intactas hasta Madrid, para hacer gustar a muchos de nuestros amigos, aquí presentes, los preparados especiales que arreglan los judíos de Salónica; y había que oír repetir a todos aquellos a una voz, que eran exactamente de la misma pasta (que se componen con almendras, azúcar y agua de *azahar*), conocida comúnmente por el mazapán de Toledo. Y los que han gustado el dulce de naranja, nos confesaron que nuestras mujeres Sefardíes le preparan de igual manera que se sigue haciendo aún hoy en Andalucía. Y a propósito: entre nosotros constituye una muestra de la amistad más expresiva ofrecer precisamente un bote de esa naranja preparada, lo mismo a un turco que a un griego.

¿Y, no es asimismo curioso, que después de cuatro siglos de separación, nuestras doncellas Sefardíes de Oriente, haciendo estos almíbares y dulzainas, posean este arte tan particular, que les hace regalarse con los platos y confituras, que se preparan de igual manera en España que en Oriente? ¿Y cómo no

llamar vuestra atención sobre estas lavanderas y sirvientes domésticas, que lavan y trajinan entonando al mismo tiempo aires que recuerdan perfectamente la voz y las palabras de aquellas otras que puede ser, tal vez, que a la misma hora, pero del otro lado del mar, dejen oír también su voz, no menos armoniosa?

¿Aún se ignora en cuántas provincias se mece igualmente la cuna del niño, se canta en familia los mismos romances, de los que afortunadamente se conservan su son y su letra extrañas, y que precisamente forman parte de uno de los más ricos períodos de la literatura española?

No solamente entre el sexo fuerte he reconocido tipos que me eran muy familiares; también el sexo bello me ha hecho recordar aquí la belleza de nuestras mozas y jovencitas, que tienen la misma belleza de la mujer española, tan celebrada en todo el mundo, y que tan dominante atractivo impone a los ojos de todos los que las miramos. Y así ocurre, en efecto, que cuando se pregunta a nuestras mujeres por qué son tan bellas, ellas responden con orgullo:

—Somos españolas, y en España la mujer es muy hermosa.

Es muy curioso que encontremos en Salónica todos los tipos de la mujer española, según las diferentes regiones y provincias de la Península.

Os voy a dar un detalle que tal vez os interese. ¿Sabéis cómo se llaman nuestras mujeres Sefardíes de Salónica, sin duda los agentes más eficaces para mantener la influencia en Oriente?

Ya os figuraréis que muchas llevarán nombres bíblicos; pero otra gran parte los llevarán aún españoles, y se llaman: Flor, Sol, Estrella, Gracia, Oro, Plata, Diamante, Joya, Esmeralda Luna, Buena, Clara, Rosa, Alegre, Fina, Fortuna, etc., etc.

Todos estos nombres encierran en sí mismos una verdadera poesía, y es de saber con qué orgullo escucha toda mujer

los elogios que en juegos poéticos se le dedican a propósito de su nombre. Muchos dicen así:

Yo conocí a tu hermana Flor;
de la familia ella es la flor.

Es verdad que hoy el día está nublado y no hay sol;
pero en mi casa paso el tiempo con mi hija Sol.

¡Yo la felicito, madama Fina,
por su comida tan fina!

Cuando yo oigo hablar a mi Fortuna
no veo menester de tener gran fortuna.

Buena te llamas y buena eres;
buena con Dios y buena con la gente.

¿Vistes con qué claresa y gracia
escuchó la lición la chica Gracia?

¿Quién no sabe que por qué te llamas Luna
Tú tienes las caras espejos como la luna?

Si quisiéramos continuar registrando análogas expresiones, la lista se haría interminable. Todas son para nosotros demasiado dulces, y nuestras mujeres las acogen con arrogante y complacido orgullo.

Si todas mis impresiones no pueden encajarse en los moldes de esta conferencia, no puedo callar en una ocasión como ésta mi excursión a Toledo.

Ninguna ciudad mejor que ésta para formarse una idea, más o menos exacta, de las funestas consecuencias del destierro de los judíos españoles; y al visitarla, ansiosamente se pregunta uno si, en efecto, era ella la ciudad que habitaron 72.000 judíos.

Con muy dolorosas impresiones, que no revelaré, aunque ya se adivinan, he sentido muchas otras, que templando el ánimo lo consuelan, haciendo revivir en él la esperanza.

Aunque Toledo hace ya siglos que no ha sido habitado por judíos, sus habitantes se complacen en designar, aún hoy a cier-

tos lugares con los nombres de “La calle de los Judíos”, “El barrio Judío”, “El arco Judío”, etc.

Cerca de las ruinas del antiguo barrio judío, pude admirar la antigua sinagoga llamada “Santa María la Blanca”, y la sinagoga del Tránsito, que han sido declaradas monumentos nacionales a instancias de la Real Academia de la Historia y su venerable director el Padre Fita. Este eximio maestro de la ciencia histórica contemporánea, virtuoso representante del culto cristiano, se me ha revelado como un hombre ingenuamente cordial, y al cual el judaísmo del siglo XX y de las generaciones futuras debe quedarle muy reconocido. Esta loable iniciativa del padre Fita constituye para nosotros la prueba mejor de que puede o debe existir una inteligencia cordial entre nosotros y los habitantes de un país en el que abundan jefes laicos que nos han testimoniado varias veces evidentes pruebas de su interés y simpatía, y que posee directores religiosos que ejercen su poder para acercar a los hombres, tendiendo y fomentando su unión con toda preferencia dividirlos. Estoy muy acostumbrado ver contribuir en las mayores inteligencias y armonía a representantes de cultos diversos. Con mucha frecuencia he visto en nuestras sinagogas a metropolitanos, y a Obispos griegos, católicos, búlgaros, armenios y Hodjas turcos; como recíprocamente presencié la entrada de nuestro Gran Rabino en sus iglesias o mezquitas, para participar igualmente de las alegrías y de los duelos de todos. Estos Ministros religiosos son los que comprenden y ejercen su misión como un verdadero apóstolado, y los que son los mejores agentes para cultivar la fraternidad entre los hombres; en este grupo de escogidos es donde debemos incluir también al venerado padre Fidel Fita.

Siguiendo con nuestro Toledo, añadiré que, de tan numerosas sinagogas como había en ella, solamente quedan dos aún

en pie evocando la brillante civilización de este suelo privilegiado.

Y la casualidad ha querido que la que se levantó en segundo término y en honor de un Rey del siglo XIV, lleva actualmente en su frontispicio una lápida que dice: “Por orden del rey, Su Majestad don Alfonso XIII, declárasela monumento nacional”, y he de expresar aquí en nombre de todos los Sefardíes el debido homenaje de profunda gratitud y de reconocimiento por su interés en pro de los que con tanta vanagloria se jactan sinceramente de llamarse súbditos suyos.

Y ahora permítaseme formular un ruego, y es: que la azada del excavador ahonde pronto esas ruinas de Toledo antiguo y abandonado, con la esperanza de poder encontrar entre ellas materiales que permitan el esclarecimiento de nuestra común historia o enriquezcan nuestros Museos nacionales. Y al formular este ruego creo, no sólo interpretar los sentimientos de los míos, sino igualmente los de todos aquellos que en España aprecian, como es merecido, la importancia de esos trabajos.

Bien sé que ya he abusado bastante de vuestra paciencia; no me atrevo a separarme de vosotros sin exponeros todas las iniciativas prácticas que se deben tomar para fomentar entre nosotros la cultura y el comercio españoles.

¿Aún es tiempo oportuno para poder infiltrar entre nosotros la cultura española? Sí, siempre sí.

Vayan dos ejemplos sumamente típicos y característicos.

Nosotros sostenemos en Salónica muchos periódicos españoles escritos en caracteres hebraicos, al mismo tiempo que otros franceses, redactados por judíos. Pues bien; ninguno de ellos ha alcanzado la tirada de una revista semanal y humorística, redactada en español, bajo la dirección de monsieur Moise Levy, sobriño precisamente del hispanófilo Sam Levy, ya nombrado en

estas líneas. Esta hoja semanal festeja y regocija literariamente, no sólo al público que no lee ninguna otra lengua, sino aun a los que conocen otras lenguas extranjeras; porque por lo general el lector ríe y goza con aquellas expresiones que aprecia y hasta quiere, las mismas que él repite muy a menudo y oye a diario, y esas expresiones tan familiares y corrientes están en español.

Otro ejemplo: En el último marzo próximo pasado, un profesor de Salónica, que ha sostenido durante diez años la imposibilidad de enseñar el castellano moderno a los Sefardíes, invitado para que diese una Conferencia pedagógica, se dirigió a su auditorio, que lo componían en su mayoría maestros y maestras, y les preguntó en qué lengua debía expresarse. Comprenderéis perfectamente que todos reclamaron que fuese en la española, y al cabo de diez años el conferenciante dió el mayor mentís a un aserto que para siempre quedará incumplido si se establece el plan de trabajo que expongo a continuación.

Primero y ante todo es indispensable satisfacer el deseo de aquellos que, habiendo respondido a la llamada de España, esperan ser reconocidos por las Autoridades como súbditos españoles. Es necesario probarles que el Poder Central, de Madrid vela por ellos, no les abandona, y que si se ha decidido a cobijarlos bajo su bandera, es para no abandonarlos jamás. Conviene dar pronta solución a estas legítimas aspiraciones, porque, vuelvo a repetirlo, son precisamente los mejores y más activos colaboradores, con quienes se debe contar siempre, aquellos a los que en la actualidad el Representante de España en Salónica acaba de poner en una situación molesta e ilegal. Imaginaos que hay entre ellos algunos holandeses, tales son Scialom, Nahum, Bèjà, que como otros varios abandonaron su nacionalidad para hacerse españoles, y trabajar de este modo por

el ideal más puro. Es, pues, preciso que España no tarde ya en darnos una prueba de su equidad y de su justicia.

Lo segundo, asegurarse el apoyo tan eficaz de la Prensa española. A base de documentos estadísticos, hará comprender a los comerciantes e industriales la importancia de la exportación, que es casi ignorada en este país. Convendría que el Gobierno secundara sus esfuerzos, dictando disposiciones capaces de favorecer la exportación, para luchar con los productos similares de otros países. El Gobierno podría adoptar, aquí mismo, el sistema protector que existe en otros países, y que principalmente consiste en devolver a los fabricantes los derechos de Aduanas pagados por los productos manufacturados que se destinen al extranjero. Estoy perfectamente convencido de que muchos productos de España podrían reemplazar a los que nos llegan de otros países, especialmente de Alemania y de Austria, y la extensión de la industria necesitaría una ayuda de brazos y un trabajo considerables, capaces de retener en el suelo nacional algunos millares de esos emigrados que despueblan considerablemente a España.

3.º La creación de una Exposición comercial, puesta diariamente a la disposición del público, es de verdadera urgencia. El Gobierno español podría obtener fácilmente la franquicia de Aduanas de todos los muestrarios; debiendo ser conocidos los precios de todos los productos en la Secretaría de la Exposición comercial, teniendo siempre en cuenta sus fluctuaciones, en especial interés de los mismos.

Creo, con toda seguridad, que en igualdad de precios, los de Salónica, y particularmente los Sefardíes que hayan sido reconocidos como súbditos españoles, serán los mejores agentes para desarrollar la industria de su Patria.

Y esto tendrá que hacerse necesariamente, porque los mejores y los más poderosos de entre ellos formarán la Cámara de

Comercio de Salónica, que extenderá su acción e influencia a muy largas distancias.

Por su parte, los comerciantes de Salónica harán conocer sus necesidades y los productos que fácilmente puedan ser introducidos en el país, y esto, no sólo por sus relaciones con las Cámaras de Comercio de las diferentes provincias de España, sino también por un semanario o publicación quincenal que sería el órgano de la Cámara de Comercio española y de la colonia Sefardí de Salónica, y por mediación del cual se harían conocer a los industriales de aquí y a sus productos. Este órgano periodístico sería, además, el vínculo más fuerte para unir la colonia floreciente y próspera de Salónica con la Metrópoli, y en él habrían de colaborar desde luego todos cuantos deseasen la extensión comercial de España.

4.º Podía considerarse como coronación de todas estas iniciativas la institución de nuevas relaciones marítimas entre el Oriente y España a cargo de compañías navieras españolas. Esto constituiría un poderoso medio de franca competencia, haciendo disminuir notablemente el precio de vuelta de las mercancías españolas, si fuesen a bordo de vapores nacionales. Si el éxito de esta iniciativa es evidente en tiempo normal, en la ocasión presente tiene más razón de ser, puesto que con mucha razón todos prefieren viajar a bordo de un barco nacional, y por la misma razón a él entregan los comerciantes sus mercancías. No deben, pues, de perder tiempo las Compañías de navegación; cada día que pasa hace perder beneficios inmensos, que hubiesen podido aprovechar, y con ellos ganar en igual proporción la importancia y la extensión de la industria y el comercio españoles.

Todo esto es concerniente a la parte material; examinemos ahora la parte moral.

La entrada en nuestro mercado de los productos españoles

puede ser realmente fácil, por las ventajas que pueden presentar; en este caso la misma necesidad del momento servirá para dejar echada la base de las relaciones futuras. La propaganda moral será mucho más rápida. Es indudable que al principio no pueden hacerse las cosas en grandes proporciones; porque es muy difícil, si no del todo imposible, cambiar en un día los programas de enseñanza en un Establecimiento escolar, y con mayor razón la creación de una institución nueva y de un carácter completamente ignorado entre nosotros.

Al Gobierno incumbe saber aprovecharse de todas las buenas disposiciones e iniciativas, y éstas, afortunadamente no hay que buscarlas muy lejos; tiénelas prontas todo Sefardí, y por todas partes cada uno de nosotros está dispuesto a acometer con entusiasmo los primeros ensayos.

Pero es indispensable poner a nuestra disposición maestros españoles: con dos solamente de cada sexo en nuestras escuelas nos conformaríamos en este modesto ensayo del plan que debemos desarrollar.

Además de su trabajo en el interior de la escuela, estos maestros se encargarán de un curso nocturno para miles de obreros y obreras, que sienten la imperiosa necesidad de aprender una lengua europea; pues debe creerse les será más fácil que esto transformar su arcaico castellano en el moderno, el mismo que hablan más de 100 millones de seres en todo el mundo.

Aparte de estos maestros y maestras, conviene crear una sala de lectura que contenga los periódicos diarios y las revistas que se publiquen en España y en la América española. A esta sala de lectura acudirán no sólo numerosos lectores y lectoras, sino que ellos propagarán la afición a la lectura en muchas familias, a causa de la biblioteca que deberá poseer. Y a este respecto, diré que me felicito mucho de haber ya encontra-

do aquí colaboradores entusiastas, que alientan mis designios de crear en breve una importante Biblioteca en lengua castellana, y abrirla en mi Instituto de Comercio.

Entre ellos figuran, al lado de varios particulares decididos a prestar su valiosísimo concurso, el honorable Comité de este Centro científico, literario y artístico, que hace mucho tiempo viene ocupándose de este asunto, y que por causa de la guerra no ha podido ver realizado su proyecto. Con honda emoción he visto el primer lote de libros, que esperan el momento de poder ser leídos y releídos con verdaderos amor y entusiasmo; pues creo con toda seguridad que mis hermanos de Salónica considerarán este envío como el mejor regalo que puede hacerseles.

Y el desarrollo que se imprima a esta lectura dará también un grandísimo impulso al comercio de libros.

Este es a grandes rasgos el plan que he elaborado hace tiempo en Salónica, y con el que he entretenido inútilmente a cuantos Cónsules se han sucedido en nuestra ciudad.

Y sin embargo debe ya haber llegado la hora de los hechos, abandonada la de las palabras. Urge adoptarle con celeridad beneficiosa. Pero antes surge una cuestión más ¿Quién asegurará esta influencia española? ¿Un Cónsul, de la carrera diplomática, que, no obstante su buena voluntad y disposiciones, no podrá jamás conocernos lo bastante, y no sabrá en consecuencia, penetrarse nunca ni de nuestras aspiraciones, ni de nuestras necesidades? Un Cónsul tal, a lo sumo ejercerá una acción, y aun ésta débil, sobre los Sefardíes que estén en relación con la Cancillería, cuando necesitamos extender los beneficios de todas nuestras instituciones a la inmensa mayoría de los 80.000 Sefardíes que habitan en Salónica. Para resolver bien esta cuestión preséntase un solo camino, tan radical como práctico. Es indispensable para España que nombre en

Salónica un Cónsul Sefardí. Esta medida impónenla los sentimientos, las conveniencias nacionales y la lógica.

Os diré ¡que durante muchos años un turco fué Cónsul de España! Ahora bien, si este país pudo confiar sus intereses a un turco, con mayor razón se los podrá encomendar a un Sefardí, español de alma y de corazón, que se consideraría muy dichoso al poder ser útil a su Patria y a sus conciudadanos. Solamente un Sefardí será capaz de mantener esta influencia en Salónica y en todo Oriente. Y este Cónsul Sefardí deberá disponer de todo el material necesario, para que le sea posible, inmediatamente después de la guerra, hacer algunas naturalizaciones españolas en los Centros Sefardíes de todas las ciudades de Oriente, donde creará al mismo tiempo Centros intelectuales, ocupándose de la propaganda de la lengua, de la cultura y del comercio españoles.

Habiendo llegado a España he comprendido la necesidad de aumentar este plan preconcebido, y de medidas activas y urgentes.

Ante todo, conviene instituir algunos premios, que compensen los esfuerzos en favor del fomento del castellano.

Pueden consistir en obras científicas e instructivas, que ofrecerán el Gobierno, las personalidades influyentes del país y las sociedades intelectuales y comerciales.

Se concederán pensiones para ampliación de estudios a quienes más se distinguen, por su actividad, aplicación y trabajo; pensiones que sólo se otorgarán con la condición de aprovecharlas para realizar un viaje por España.

El joven agraciado con ella y que viniera hasta aquí y viera cuanto yo he visto, sentiría en seguida idénticas y favorables impresiones, iguales a las mías, respecto a la España presente.

Con estos viajes anuales se conquistarían un gran aprecio nuestras aptitudes y cualidades comunes.

Además, y sólo durante los primeros años, sería conveniente crear también otras pensiones, que permitiesen a nuestros Bachilleres llegar hasta esta Universidad de Madrid, y completar o ampliar en ella sus estudios; que les capacitarían para seguir en ella los estudios especiales de la lengua, literatura y civilización de nuestro pueblo.

De este modo se convencería nuestra juventud estudiosa de que no están solamente en otros países europeos las más importantes Universidades, con los profesores más ilustres, y aprenderían por su experiencia personal que en España se adquieren con iguales prerrogativas títulos universitarios.

Finalmente, podrían anudarse y fomentarse con simultaneidad todos los esfuerzos intelectuales y comunes, mediante la institución de una nueva Liga hispano-israelita, cuya dirección residiese en Madrid, y las demás representaciones de ella podrían ser establecidas en cuantos lugares habitasen los judíos españoles.

Todos los países extranjeros, que han creado análogas instituciones, han necesitado para ellas una consignación mínima de 500.000 pesetas anuales.

Pero si España acede a nuestras proposiciones, sobre todo nombrando en Salónica un Cónsul Sefardí, estoy seguro de que con la décima parte del gasto de los otros países, es decir, con sólo un presupuesto de 40 a 50.000 pesetas anuales, se obtendrán los resultados más satisfactorios, y las consecuencias serán muy felices para cuantos sentimientos hemos sustentado y sustentamos.

Preveo ya el éxito de los cursos que den esos maestros y maestras, capaces de sembrar mejor que nadie la buena semilla; veo en sueños las fiestas que se preparan para celebrar la inauguración del Museo Comercial: la jovial alegría con que se acude al establecimiento del primer barco español, que hará

una entrada verdaderamente triunfal en el puerto de Salónica, el cual únicamente por el trabajo sefardí ha visto tan aumentados su tráfico y su movimiento; presiento el alegre entusiasmo de los jóvenes que, a bordo de esos barcos, viajen por España, ilusionados con su misión de investigadores y estudiantes, y asimismo me figuro presenciar su vuelta, también embarcados en navios españoles, trayendo a su retorno, no sólo la capa estudiantil sobre sus hombros, sino nuevos y aun mayores entusiasmos en su corazón que los que llevaron al marchar; veo las fiestas en honor de las Delegaciones de España; los muchísimos jóvenes que durante largas horas ocuparán diariamente los asientos de la sala de lectura; presencio el éxito literario de los Sefardíes, y hasta quiero entrever, finalizando, el ensueño de la celebración de un Congreso feminista, al que acudan mujeres de diferentes ciudades para cantarnos sus sugestivas y bellas canciones y prepararnos los manjares más deliciosos; y parece como si al despertar de todo este sueño, tan regocijante y optimista, me encontrase ya en Salónica y dentro de este edificio de tan alta cultura, verdadera prolongación y reflejo fiel de este mismo Ateneo, que se llamaría “La Casa Española”.

Pero, después de oírme, no creáis que sólo soy un soñador, y que todos mis planes, como creaciones de un hombre tal, son meros sueños, que el despertar desvanece.

Aquí podría apropiadamente aplicarse la frase que pronunció un gran hombre, a quien se le reprochaba el no haber hecho nunca otra cosa que soñar. Dice así:

“—Si vosotros lo queréis, no será un sueño, sino una realidad, una bella realidad.”

Y para ya terminar mi conferencia, os agradezco a todos, señoras y señores, la acogida tan fraternal que me habéis hecho en todas partes; y he de hacer constar especialmente que

en particular me veo obligadísimo a la hospitalidad que se me ha dispensado en este noble Instituto; y cuando las decisiones tan esperadas del Gobierno aumenten todas estas simpatías, se acogerá el éxito final con un aplauso merecido y grato, acogido igualmente en ambas partes: aquí y en nuestra ciudad; pues creo recordaréis el sueño que acabo de ofreceros, la semejanza tan perfecta de nuestras y vuestras costumbres, y acudirán de seguro a vuestros oídos aquellas palabras, tan cordiales e inocentes, que pronunciara aquella infeliz muchacha, mientras pespunteaba la bandera española, y conservaréis firmemente esta fórmula de fe, con que quiero terminar:

Españoles fuimos,

Españoles somos y

Españoles seremos.

Madrid, 30 de noviembre-2 de diciembre de 1916.

A fin de que pueda juzgarse acerca de la resonancia que tuvo la conferencia en los círculos intelectuales y en el público español en general, transcribimos los siguientes artículos, entresacados de los numerosísimos que al asunto se dedicaron, pues puede decirse que toda la Prensa—especialmente la madrileña—se ocupó de él. Me es agradable expresarle mi más sentidas gracias.

Por todo ello podrán también mis conciudadanos y mandatarios hacerse cargo del celo y desinterés puesto por mí en la consecución de los fines que me encomendaron y a favor de los cuales conseguí el concurso valioso de distinguidas personalidades, entre ellos diputados y senadores, que suscribieron un mensaje apoyando nuestras reivindicaciones.

“CONFERENCIA INTERESANTE

“LOS SEFARDÍES EN SALÓNICA

”En el Ateneo, y ante una numerosísima y selecta concurrencia, en la que había importantísimas personalidades de la literatura, de la política y del periodismo, dió ayer tarde una interesante conferencia sobre los sefardíes de Salónica el señor Alcheh, director del Instituto práctico de Comercio de dicha ciudad.

”Nuestros lectores conocen ya al señor Alcheh, del que hablamos en estas columnas, exponiendo la misión que le ha traído a España, y que no es otra que gestionar del Gobierno confiriese la nacionalización española, concedida en 1912, a de-

terminadas familias israelitas de Salónica, y contestada ahora, según parece, por las autoridades consulares.

”El señor Alcheh no se limitó a exponer los fines de su venida a España, sino que hizo una pintoresca descripción de Salónica y de la población salonicense, poniendo de manifiesto la preponderancia que allí tiene el elemento sefardí y las afinidades que unen a sefardíes y españoles.

”Con evocaciones históricas y aportaciones del *folklore* sefardí confirmó el señor Alcheh las semejanzas espirituales y físicas que hacen del sefardí un verdadero español trasplantado a otros climas.

”Amenizó el señor Alcheh esta parte de su conferencia con anécdotas interesantes, alguna de ellas conmovedora, como la referente a aquella muchachita israelita que en los días de la guerra balcánica, cuando en Salónica reinaba el temor de las invasiones, bordaba una bandera española para izarla en la casa como salvaguardia segura, y a tiempo que bordaba la hispana enseña, mecía la cuna de un hermanito suyo, al compás de canciones españolas.

”Hízole notar el señor Alcheh a la muchacha que, no teniendo la nacionalidad española, no podía izar aquella bandera, y la muchacha contestóle: “Nuestro tío el descansado (es decir, el que murió) nos decía siempre que éramos españoles y que estábamos sujetos al turco; ahora que el turco se marcha, somos españoles.”

”Esta parte sentimental de la conferencia hizo gran efecto en el público, que aplaudió distintas veces con entusiasmo al conferenciante.

”Entrando éste luego de lleno en el objeto de su conferencia, habló de lo mucho que España podía hacer por estos españoles de Salónica y lo mucho que éstos podrían hacer también en pro de la difusión de nuestras letras y nuestro comercio.

”El señor Alcheh expuso datos interesantísimos, que demuestran la importancia mercantil de la colonia sefardí y la trascendencia que tiene para nuestra influencia en Oriente la existencia de ese núcleo de españoles que conserva nuestra lengua y nuestras tradiciones.

“Para mantener y fomentar esa influencia—dijo el señor Alcheh—urge que el Gobierno español envíe profesores de Español a Salónica y se ocupe de crear allí bibliotecas y Exposiciones de los productos de la industria española.”

”Pero el primer paso para toda aproximación hispano-sefardí en Oriente ha de ser el reconocimiento de la nacionalidad española, concedida en 1912, a las familias salonicenses que han enviado a Madrid con su representación al señor Alcheh.

”Esta medida elemental produciría el efecto moral necesario para la confirmación de nuestro prestigio en aquellas regiones y nos conciliaría la gratitud vivísima de aquellos israelitas que, sin estímulos de ninguna clase, sin recibir ninguna atención por parte de nuestros Gobiernos, supieron conservar nuestro espíritu durante cuatro siglos.

”Terminó el señor Alcheh expresando su esperanza de que el Gobierno que preside el Conde de Romanones atienda las aspiraciones que representa, y el público que escuchaba al conferenciante expresó con sus aplausos que se asociaba a esas aspiraciones y hacía votos por su realización.”

(*La Correspondencia de España*, núm. 21.480; 3 de diciembre de 1916.)

“Un hombre ilustre, don Isaac Alcheh y Saporta, ha llegado hasta nosotros como embajador solemne de un grupo de hombres que alientan en sus almas un deseo que conmueve y emociona nuestro espíritu de españoles. Un grupo de hombres que fueron nuestros hermanos, a quienes separaron de nosotros

diferencias que en nuestro siglo no tienen razón de ser, y a quienes alentó, lejos de una Patria que fué su Patria, un afecto que no pudo entibiar ni el curso de los siglos ni la acción de la ausencia, porque ese afecto estaba arraigado en sus corazones. Y allá, lejos de España, prolongaron esos hombres el solar hispánico, llevando con ellos, junto con el amor a la nación que fué su cuna, la lengua y la sangre españolas. Esos hombres que continuaron siendo españoles fuera de España, quieren hoy dar estado legal a ese sentimiento que les ha acompañado en su destierro, que tal fué su ausencia, y pretenden se les reconozca la nacionalidad hispánica.

”Este deseo de un importantísimo y numeroso grupo de israelitas de Salónica, de abolengo español, conservando muchos de ellos las llaves de sus hogares de España, transmitidas de padres a hijos, sugirió muy galanos y bellísimos comentarios á una brillantísima pluma, tratando ese bellísimo tema en estas mismas columnas. A ellas remitimos a nuestros lectores para su placer espiritual.

”El señor Alcheh es ahora el heraldo de los sentimientos de los judíos de Salónica, y, aprovechando su presencia entre nosotros con ocasión de ese mensaje de sus hermanos, ha dado una interesantísima conferencia en el Ateneo, reflejo de sus impresiones al encontrarse en su Patria de abolengo. Esas impresiones nos halagan por la justicia que nuestras bellezas y nuestros méritos han merecido de un espíritu de la exquisitez del de ese distinguido mensajero que ha llegado a España, abriendo los brazos en fraternal ademán.

”Por boca del señor Alcheh nos enteramos del curioso concepto que conservaban de nosotros sus hermanos de Salónica. Para estos conciudadanos nuestros, su impresión de España detúvose en el momento de abandonar el solar hispánico, y la creían tal cual la dejaron sus abuelos, aquellos que llevaron con-

sigo las llaves de sus hogares de Granada y Toledo, que hoy conservan los nietos, a quienes el amor a nosotros empuja ahora a la que para sus almas ha seguido siendo su Patria.

”Esa voz autoradísima del señor Alcheh describirá a sus hermanos en lo que se ha trocado su Patria de abolengo, exaltando aún más su amor a esta España de hoy el hecho de que, sobre las cenizas de su historia gloriosa, ha sabido alzar un pueblo de progreso y de cultura, y escuchando esa palabra prestigiosa del señor Alcheh, los israelitas de Salónica sentirán una leve pesadumbre al darse cuenta de ese velo que nos oculta a los ojos del mundo en todo nuestro valor y con todos nuestros méritos, siendo precisa la dolorosa conmoción que hoy agita al universo para que comience a destacarse nuestra silueta exacta.”

(*La Ilustración Española y Americana*, de Francisco Cobos. Núm. XLVIII, 30 de diciembre de 1916.)

Pídase este folleto, en Madrid,

al señor Isaac Alcheh y Saporta.

Hotel Rhin, 29, carrera de San Jerónimo

o en Salónica:

Monsieur le Directeur

de l'Institut Pratique de Commerce.

42, Rue Parallèle au Quai

Salonique.